GALERÍA
DRAMÁTICA
DE
"EL SIGLO DE LAS MISIONES."

VOLCÁN DE AMOR



LETRA:

NARO XAVIER VALLEJOS PBRO.

BIBLIOTECA DE "EL SIGLO DE LAS MISIONES"

3.ª Sección.—GALERIA DRAMÁTICA.

El primer tomo de esta Galeria «**CHAO**», ha si
un éxito Misional y artístico; han pedido permi
del extranjero para traducirlo.

Precio del folleto, 0'50 pesetas.

Precio de la partitura, 10 pesetas.

El segundo tomo es «**TATÍN**»; drama lírico
cuatro actos, dedicado a los niños de la Santa
fancia.

Folleto, 0'75 pesetas.

La partitura no se vende. Se envía una copi
quien la pide, para ser devuelta y prohibida la
producción.

El tercer tomo es:

«VOLCÁN DE AMOR»

Excenas de amor divino repartidas en tres a
y un epílogo. Compúsolas a devoción de S. Xa
Apóstol de Oriente, y según las viejas historia
devotísimo servidor, vecino de tierra y solar **Je**
Xavier Vallejo, 100 páginas, 16 x 11 cm.

Precio del folleto: 1 peseta

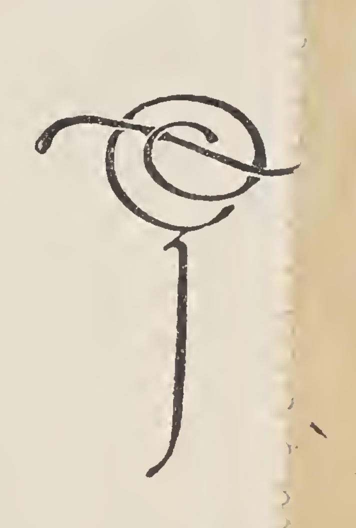
VOLCÁN DE AMOR

ESCENAS DE AMOR DIVINO

REPARTIDAS EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

COMPÚSOLAS A DEVOCIÓN DE SAN XAVIER, APÓSTOL DE ORIENTE, Y SEGÚN LAS VIEJAS HISTORIAS, SU DEVOTÍSIMO SERVIDOR, VECINO - - - DE TIERRA Y SOLAR - - -

JENARO XAVIER VALLEJOS

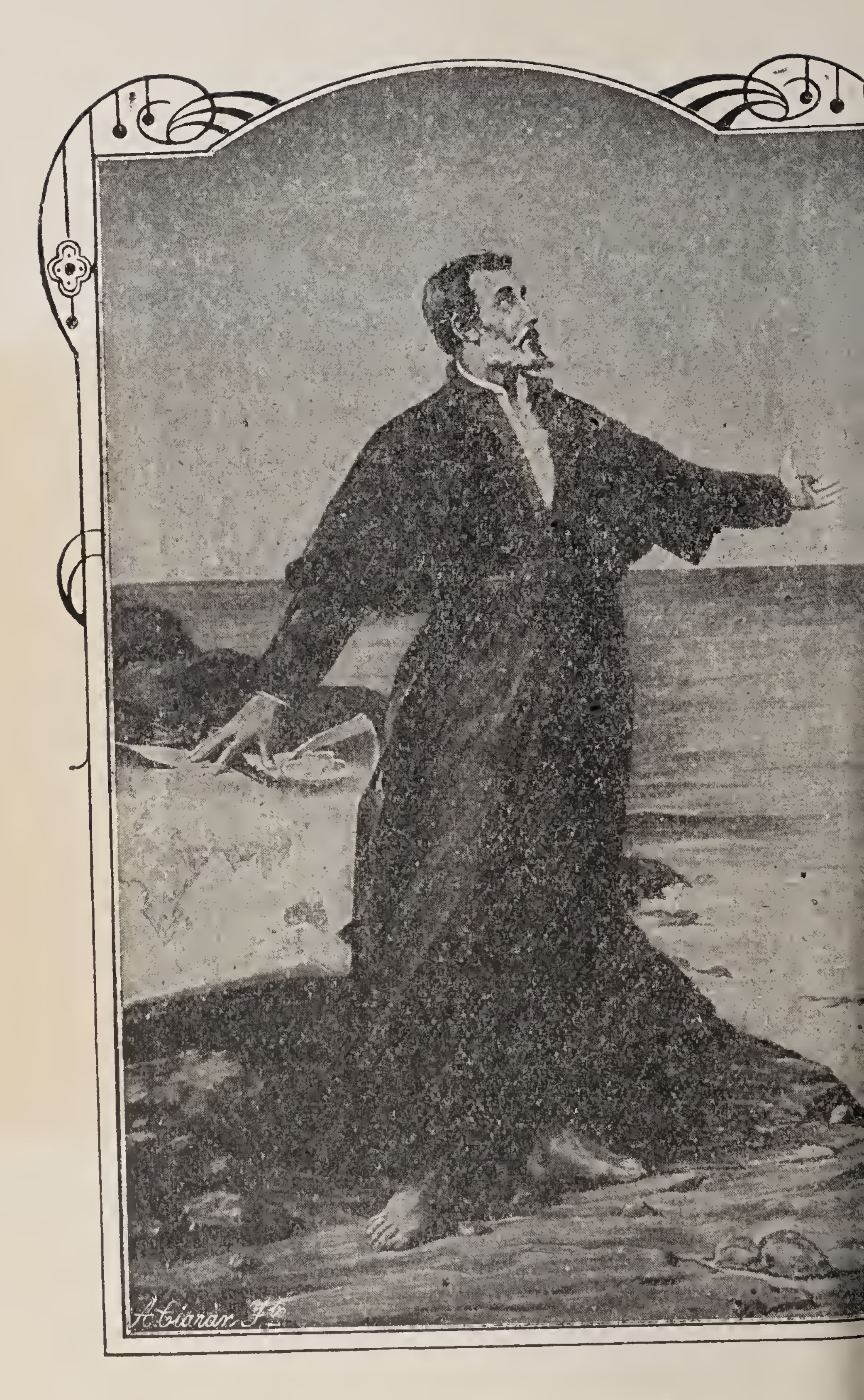


EL SIGLO DE LAS MISIONES
REDACCIÓN: APARTADO 7 - - - BURGOS
ADMINISTRACIÓN: APARTADO 73 - BILBAO

CON LAS DEBIDAS LICENCIA

TABLA DE PERSONAJES

San Francisco Xavier . .	
Diego Pereira	Mercader y embajador.
Alvaro de Ataide de Gama..	Gobernador de Malaca
Antonio de Santa Fe. . .	(Kadilah).
Alfonso	(Visva Mithas gran sacerdote de Triwalaor).
Duarte. . . . . . : . .	Escudero de D. Alvaro de Ataide.
Kanna.	(Sacerdote brahmán).
Abul Bemar.	Fakir indio, penitente de la pagoda de Triwalaor.
Sargento.	De la guardia de don Alvaro.
Un indio	
Souka.	Brahmán de Triwalaor compañero de Kadilah.
n paje	
n brahmán.	
os mercaderes chinos . .	
os pescadores chinos . .	
. . . .	
ao Tsen	Cuatro niños chinos.
en-Ti.	
ao-Vang.	
rtejo de brahmanes . .	
rupos de mercaderes . .	
opel de indígenas . . .	



San Francisco Xavier mirando a la China.

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
13	1	loto	loto teñido
14	7 y 34	Brahma	Brahmán
36	30	Castaño	Cáñamo
44	11	Lo mismo	Mismo
48	21	*(Aparte)* Me veo vendido.	D. Alv. *(Aparte)* Me veo vendido.
61	11	pensamientos	presentimientos
91	7	ansioso	arisco
92	18	embarcará	embarca
»	28	las	tres
94	16	cruzan	curan
95	19	faltéis	manquéis

Para la Sociedad
de Autores respetuoso
homenaje del

Autor

ACTO I

Es en Triwalaor de la India a las puertas de su templo maravilloso que ya no existe. Al fondo, la columnata del pórtico fastuosa y bárbara. Grifos rampantes, mezcla de caballos caimanes y monstruos alados de visajes horribles forman las pilastras de basamentos y capiteles superpuestos a la manera india. Estas columnas se adelantarán en realidad al telón de fondo dejando entre medio un verdadero pórtico practicable. Al fondo dos o tres puertas al interior del templo, practicables también. Encuadrando el patio a entrambos lados, árboles exóticos, y en primer término dos castaños de indias de tronco mny corpulento. A izquierda, entre los árboles una balaustrada practicable de igual traza que la columnata del pórtico por la que hay acceso a la escalinata del estanque sagrado. Las piedras de toda la construcción arquitectónica serán bermejas, con un rojo de ladrillo muy intenso, como encendidas por los besos de un sol de cientos de años. Y estas piedras sangrientas harán muy bello contraste con el verde oscuro de los castaños y palmeras y el cándido resplandor de las vestiduras sacerdotales. Izquierda y derecha las del espectador.

ESCENA I

(Con aire de cansancio y sudorosos del sol, entran por la derecha D. Alvaro de Ataide y su escudero Duarte disfrazados con ropas de vaiscias o indios artesanos. D. Alvaro es de miembros recios y bien comportados. Tiene muy cetrina la color, y en sus ojos enfoscados ese brillo áspero e inquietante de los que padecen la terrible enfermedad del oro).

D. ALVARO — Ahora que llegamos parémonos un instante a reposar. Mal camino, por San Diniz, el de esta célebre pagoda.

DUARTE — Si es tan nombrada y rica como la cuentan, bien pudieran cuidarse los brahmanes de hacer suave su viaje a los peregrinos. Ese mal indio que nos trujo, trújonos engañados. ¡Cuatro leguas de cuesta brava y a todo sol.

D. ALVARO — No me pesa. Si fueron cuatro, cuarenta anduviera a placer, por ver esa maravilla de collar si es tal como esos ginoveses nos dijeron. Nadie se atrevió a tentar esta aventura hasta ahora por miedo a la terrible venganza de los brahmanes si la sorprenden. Nosotros

somos más valientes. Y a fe que todo lo merece este negocio si lo logramos.

DUARTE ¿Lograrlo? ¡En buena feria nos metimos, mi amo! No hay fiera más astuta y rapaz que un indio brahmán.

D. ALVARO ¿Y eso te asusta? Pues yo te digo que no hay juego que me dé mayor placer que dar de pencas a un hombre astuto. Y a fe que voy adquiriendo destreza en el oficio. No conozco más que a uno que todavía me aventaje, y es ese maldito brujo de Pereira que debe de tener una legión de malos en el cuerpo. Mas con todo, esta vez la feria es nuestra. Te lo juro Duarte.

DUARTE Pero esta malandanza nuestra de agora es tan torcida que no me acaba de entrar. Estos mismos disfraces de indios que traemos no acierto a soportarlos. Y es que yo he podido matar y robar y hacer muy recios desaguisados, pero ha sido siempre dando la cara al descubierto. Ahora nos disfrazamos como podría hacerlo cualquier ladrón sin valentía.

D. ALVARO ¿Y qué, bellacón, si así llegamos a donde no podríamos llegar de otra suerte?

DUARTE Cualquier rufián de Malaca o de Santo Tomé podría sonreir de sotabarba si en tal guisa nos viere y eso...

D. ALVARO ¿Y eso qué?

DUARTE Que sólo pensarlo me avergüenza a mí que nunca conocí vergüenza. Nos metemos en muy mal camino. Y este disfraz y este paraje y esta traza nuestra todo se me hace como si hubiéramos renegado de Dios. Y yo seré muy malo, mi amo, pero en Portugal, lo mismo que en Malaca como en esta pagoda delante de todos los brahmanes, yo creo en Dios, como me enseñó mi madre bendita que de Él goce.

D. ALVARO *(Amostazado)*. Vaya, vaya, pues mira que viene muy a pelo toda esa monse

ga de convento, acá en la puerta de la pagoda. También yo creo en Dios, amigo; ¿pero esto qué empece para que nos disfracemos como quien va a una mascarada y nos aventuremos a llegar hasta acá? Aún querrás que nos olvidemos del collar y entremos gritando a Dios para que nos asen vivos. Camarada, ya se pasaron aquellas fieras edades de los martirios y cuando más acá cerca andan nuestros frailes para continuarlas. Eso se lo dejamos al P. Francisco que dices que tiene tantas ganas de ello.

DUARTE ¡Si nos viera el P. Francisco!

D. ALVARO Nos tomaría por dos indios auténticos.

DUARTE O por dos cristianos renegados.

D. ALVARO *(Con indiferencia).* Tanto monta. Ahora a lo nuestro. *(Se oye ruido por entre las columnas del templo).* Chitón que alguien viene y ojo con ninguna imprudencia. *(Ambos se repliegan hacia la balaustrada del estanque. Arrastras como un reptil, asoma el viejo fakir, Abul-Bemar, por entre las columnas del templo. Acompáñale un gran ruido de cadenas que lleva atadas al cuerpo. Al asomar en escena comenzará su relato, que luego ha de proseguir asentado en el suelo junto a una columna extrema. Abul-Bemar es el fakir más penitente y venerado de toda la India. Tiene cien años y más. La cabellera blanca y revuelta le cae en mechones sobre los hombros y sobre los ojos que por un afán de penitencia inaudita se quedaron ciegos mirando al sol. De entre unos andrajos multicolores se destacan su faz y sus brazos del color del bronce en los que el sol se ceba sin piedad. Él no se defiende. Cabe sus rodillas, guarda impasible un escudilla mísera donde los brahmanes le arrojan los granos de arroz cocido que son todo el*

regalo de su vianda. Desde Ceilán y desde Lahore, desde Benares la Santa y aun desde los remotos extremos del País de la Paz vienen a visitar la pagoda de Triwalaor penitentes y peregrinos sin cuento, requeridos por la mucha santidad del fakir centenario.
Sabe todas las leyendas sagradas de la misteriosa India y las cuenta de sol a sol; y en sus labios macerados por la vida penitente tiene su palabra un raro poder sobre los devotos que le atienden sobrecogidos. Todos los brahmanes le veneran, porque la pagoda prospera con las penitencias de Abul-Bemar y ruegan cada día al Dios Visnú conservador de toda la creación que le alargue la vida nueve cientos de años y más).

ESCENA II

ABUL B. — *(Entrando en escena).* Hoy tampoco viene nadie. El altar de Visnú preside el templo solitario y mudo, porque no viene nadie. Y ayer tampoco... *(Se asienta en un rincón).* El Santo Adpal, subió un día a la montaña de nieve con su cabrita blanca. Tenía los cuernos y las pezuñas de oro esta cabrita blanca y le dijo Adpal: Abre los ojos ¿Qué ves?
—Veo toda la Sagrada India extendida a mis pies como un chal de Kashmir para regalo del venerable Bagaván.
—¿Y qué ves?
—Veo los lagos azules que el príncipe de Vivasvata, recorrió con el sagrado pez donde los blancos lotos adoran a Maya la de los cabellos de oro. Y veo los bosques de la serpiente Vasuki quietos, quietos. Las ramas tienen unas flores muy raras y brillantes. Son los ojos de las serpientes que adoran al

Sol. Y veo en la pagoda de Triwalaor a todos los hijos de la India Sagrada, que se postran setenta y siete veces alabando a Trimourti.

*
* *

Y dichas estas palabras, Adpal tuvo un éxtasis de setecientos años. Con las puntas de sus pies tocaba las nieves, y con las puntas de sus manos alzadas tocaba el cielo azul.

UARTE *(Bajo a D. Alvaro).* Al diablo si entiendo una palabra de esta necia jerigonza.

. ALVARO *(Vivo).* Cose esa boca bellaco.

BUL B. *(Prosigue).* Y hacía oración a Brahma padre soberano de los cielos y de las estrellas, de la tierra y de todo el mar y de los pájaros pequeñitos.

*
* *

Y pasados los setecientos años, la cabrita preguntó:

—¿Adpal qué ves?

—¡Ay... ay... ay..! Pájaros negros vienen de las islas de la mar... uno... dos... cinco... ciento y mil. Es una nube de cuervos que se viene oscureciendo el sol. Ya no cantan las aves de oro y azul en los bosques verdes. Los lotos santos se han desmayado. Ni el espíritu de los hombres, ni el espíritu de los elefantes ni de las serpientes adora al poderoso Brahma. *(Se oye un rumor de timbales que viene de adentro del templo. Entra en escena un indio más, que acude al sacrificio, y se coloca junto a D. Alvaro y Duarte. Enseguida salen tres voceros que llaman con sus trompas al Norte, al Sur, al Oriente y Occidente. Tocan las trompas. Cantan desde adentro con voz clara).*

ESCENA III

Dichos y los voceros

(Puede haber en toda esta escena un fondo de orquesta que acompañe el canto de adentro).

ABUL B. Ya llaman al sacrificio. He aquí la hora de nuestra vergüenza.

D. ALVARO Ea, Duarte. Ahora veremos si es verdad lo que nos dijeron.

DUARTE Ahora veremos si nos descubren y pagamos el collar adelantado.

BRAHMANES *(Desde adentro con voz poderosa)*
Venid venid, ya Brahma
hijo del Sol os llama.

ABUL B. Y nadie responde. ¿A quién llamáis brahmanes si ya no hay nadie?

BRAHMANES
Venid, venid.
venid a adorar
cielos y tierra
montañas y mar.

(Vuelven a sonar las trompas y entran todos).

ABUL B. *(Con exaltación pero sin levantar del suelo).* Necios brahmanes, callad. No vendrá nadie no, es la profecía del profeta Adpal. *(Alza los brazos sarmentosos en un conjuro de anatema).* ¡India mía... India Sagrada... India maldita!! *(Hunde la cabeza sobre el pecho y queda inmóvil. Cuando han entrado todos aparece en el pórtico envuelto en su túnica blanca Kanna el soberbio brahmán más fiero y fanático que sirve a Visnú y a las tres mil divinidades de Triwalaor. Tiene cuarenta años. Guarda en sus pasos igual prestanza que en sus palabras y lleva pendiente del cuello con mucha gentileza el cordón verde de su dignidad Sacerdotal).*

ESCENA IV

ABUL BEMAR y KANNA.

KANNA — Profeta Siervo de Dios ¿a quién contabas tus leyendas?

ABUL B. — A los hijos de los hijos de los hijos de Brahma.

KANNN. — *(Con profunda amargura)*. Santo, ya no te canses porque no viene nadie. ¿No sientes cómo resuenan mis pasos por el pórtico vacío?

ABUL B. — Por eso contaba hoy la última palabra de Adpal el bienaventurado que es más triste que un loto de sangre. Sacerdote de Brahma, cuando escuches que los cuervos negros que vió Adpal profeta, vienen hasta aquí; haz que las llamas abracen con su abrazo de muerte el templo Santo de Triwalaor, y tú arrójate al lago donde hallarás el Nirvana perdurable.

KANNA — *(Desahogando su vehemencia)*. Esos pájaros negros traen ya cerca de aquí su vuelo maldito. ¿No sientes cómo este templo divino luz de la India se está quedando triste y vacío? Es que ellos andan muy cerca. Dicen que vienen de unas tierras remotas amparados de un poderoso rey, que por nuestros pecados hizo conquista en esta tierra Sagrada. Los peregrinos de Madura y Kalikut lo cuentan. En Madura anda el gran cuervo de rostro pálido y vestido de negro. No hace meses que está y tiene convertidos al culto de su ídolo miles de hijos de Brahma. El gran señor de los Infiernos pone en su boca palabras extrañas que son como un maleficio que nadie puede resistir ¡Ay Profeta! Y ese cuervo rapaz se ha atrevido a llegar hasta aquí ¡Bienaventura-

do tú que consumistes tus ojos adorando al Sol porque no puedes ver tanto pecado?

ABUL B. ¿Llegó ya aquí? *(con rabia imponente)* ¿Dónde está?

KANNA Él se fué, pero hizo presa. Venerable, pregúntaselo tú al gran Brahmán *(irónico)*. Pregúntale quién paseaba con él hace dos lunas junto al camino que va a Bisnaga. Pregúntale qué castigo le ha enviado el adorable Shiwa que anda desde entonces tan triste y desconcertado.

ABUL B. ¿Quién dices brahmán? Por la gloria de Visnú que no te puedo comprender.

KANNA ¡Nunca lo pude creer si no lo vieran estos ojos míos! Yo, yo le he visto a nuestro gran sacerdote, a Visva Mithas una noche que salí tras él en el bosque junto al camino de Bisnaga. El del vestido negro hablábale en nuestra lengua palabras de un culto extraño, y él, nuestro gran brahmán, al despedirse se abajaba a besar la mano del miserable extranjero y desde entonces para nada cuida del culto del templo. Anda cabizbajo, esquiva nuestra presencia, y si alguna vez sonríe es con burlas para los dioses y para nosotros. ¡Oh poderoso Visnú! ¿qué maldición ha caído sobre esta Sagrada pagoda claridad de tus pupilas? *(Por entre el pórtico sale a esta sazón muy lentamente el gran brahmán Visva Mithas. Lleva un fastuosísimo collar de perlas de Guzarah que caen magníficamente sobre su blanca túnica sacerdotal. Es emblema de la supremacía. Entenebrecen su frente las huellas de una profunda cavilación. Visva Mithas ha escuchado la última frase de Kanna y la contesta con ironía).*

ESCENA V

Dichos y VISVA MITHAS

VISVA MIT. La maldición de su aburrimiento.

KAN. *(Sorprendido ante la aparición de Visva Mit. cruza las manos sobre el pecho y hace una profunda reverencia)* ¡Gran maestro de los que enseñan!

VISVA MIT. Creedme; los trescientos mil dioses de la India Sagrada están caducos y viejos. El padre Brahma se muere de aburrimiento con ellos, y abre ya la boca para tragárselos a todos. ¿Buen festín, eh? ¿Qué te parece fakir? Te vas a quedar de un golpe vacío de leyendas para contar a los devotos.

BUL B. *(La voz senil vibrará con la indignación del indio fanático)*. Negras son esas palabras que dices como los cuervos que vienen de las islas de la mar. No las oiré dos veces *(amenazante)* ¡ni al mismo Gran Sacerdote! *(En tanto y sin hacer caso Visva Mit. ha desaparecido muy lento por los castaños de la izquierda. Kanna sigue detrás hasta el pretil del estanque y contempla cómo se aleja)*.

ANNA ¿No te lo decía yo fakir? Atiende cómo se ha reído de los dioses. *(Con amargura)* Él... el Sacerdote más sabio; placer de la sabiduría de Brahma; lumbre de los Sagrados Vedas... ¡él, perjuro a los dioses!

UL B. ¡Pues caiga sobre él el castigo de los perjuros!

NNA *(Pensativo)* Si se pudiera... Pero es imposible fakir. Nuestros vedas castigan terriblemente a quien ponga sus manos en el Gran Sacerdote. Su persona es inviolable para todo Brahmán.

ABUL B. Pero no para esos cuervos. Que ellos mismos sean instrumentos de nuestro furor sagrado.

KANNA Santo, eso es mucho más imposible. Lo protejerá el jefe de todos ellos que es quien lo trae embrujado. Y mientras él lo proteja nadie se atreverá. Y a ese extranjero maldito protéjelo el Señor de los Infiernos. ¿No sabes con qué ufanía va y viene por el camino de Bisnaga? Dicen que tiene un filtro misterioso para encantarlo todo, y así debe de ser cuando se mete por los bosques sin miedo a tigres ni serpientes; cuando ni la misma sabiduría de Visva Mithas resistió su encantamiento.

ABUL B. ¿Y qué? *(rabioso)*. ¿Por todo eso te acobardas tú? ¡Ah vergüenza de los días que aún me toca vivir! *(Levanta hacia lo alto aquellos brazos sarmentosos. Su cabeza de ojos mutilados se yergue trágica y temblona)* Si no me lo vedara mi voto de no apartarme de aquí hasta la muerte, ciento y ocho soles pesan sobre esta cabeza mía, y aún había de espantar al mundo la fiereza implacable de mi pettisa. Y ¡ay del brahman de Triwalaor y de todos los Grandes Sacerdotes de la India si se ponían frente al vengador de la honra de Brahma! ¡Ay de los perjuros! ¡Ay de ese cuervo si caía en mis manos! Así *(retorciendo feroz sus míseros harapos)* le había de retorcer el pescuezo vil. *(Kanna le mira complacido con una sonrisa siniestra)*.

KANNA ¡Habrá venganza fakir! Si no podemos vengarnos como leones, seremos tigres, seremos serpientes. ¡Verás qué buena venganza! yo te la prometo. *(El fakir todo convulso empuja fieramente a Kanna y arrojándose boca abajo, desaparece como entró, gritando pórtico adentro)*.

ABUL B. ¡¡Como serpientes!!. Padre Brahma dame los ojos y el veneno de una serpiente. *(Kanna le va acompañando y le hace paso con respeto. Ambos desaparecen).*

ESCENA VI

Por los castaños de la derecha aparece la figura maravi-osa y excelsa de San Francisco Xavier acompañado de Die-o Pereira. Es el Padre Francisco; lleva ya diez años en la idia y está en el postrero de los cuarenta y seis de su vida nta.

Su cabellera que ha sido negra de un negro endrino como ı barba y como sus ojos, encaneció ya por la fatiga dura el apostolado. Alza de ordinario al cielo aquel rostro que iciende una misteriosa fiebre, y hay en sus pupilas tan extra-o resplandor que todos dan por sabido que el Padre Fran-sco anda en un perpetuo éxtasis. Lleva una sotanilla raída deleznable con el cuello alzado al estilo de la época y un ñidor a la cintura; y colgado de una cinta gruesa el cruci-o aquel que le devolvió un cangrejo cuando lo lloraba per-do en una roca junto al mar. Su palabra es fuego encendi-. No hay quien la pueda resistir.

Diego Pereira es su grande amigo del alma. Su figura es ıy gentil y de hombre bien formado. Le llevará unos años a Alvaro de Ataide, pero está aún en la lozanía de la edad. ene la frente y los ojos muy despejados como para grandes nsamientos y viste galas sencillas pero de muy fina seda no conviene a tan rico mercader. Al llegar a este pasaje nde entra en escena el bienaventurado apóstol del Oriente puedo menos de suplicar que no tome la representación de figura incomparable quien no sienta en su alma la llama aquel fuego que le abrasaba a él. Su acento, sus maneras, expresión de su semblante y de su persona toda, serán aun los trances de más apasionada exaltación, de una grande-y serenidad ultraterrena. Ningún gesto violento, ninguna torsión ni en el decir ni en el ademán de esta alma sublime en todo momento vive anegada en la inmensidad de Dios.

FRANCIS. *(Con sobreanhelo de cansancio).*
Ya estamos salvos—¡gracias, Dios mío!
¡oh cómo enciende—el sol de estío
por esa cuesta—larga y cansada!
quéjase el cuerpo—hosco y bravío
mas para el alma—que está abrasada
eso no es nada—eso no es nada.
Maravillada—de nuestra vía
nos repetía—la gente toda:
«No vayáis padre—a la pagoda,
que hay escondidas—muchas serpien-
[tes;

tendréis mal día».
Paso adelante—por la jornada
yo sonreía
y les dijimos—a aquellas gentes
que para el alma—tu enamorada
eso no es nada—eso no es nada...
¡Ay si el cansancio de estos mis pies
no fuera estéril para la mies!
Mas tú, Señor, que eres
el dueño de la mies aún no la quieres;
no es este sol hostil ni estos calores
los que me han de premiar tantos su-
[dores.
(Con noble grandeza). Otro sol ilumina
el fin de mi jornada larga y dura...
es el sol de la China
esa mies ya madura...
¡Qué grandezas, Señor, mi alma adivi-
[na
en tanta y tanta tierra inexplorada!
Ya voy mi Dios, ya voy, mas antes
[quiero
sacar de este paraje traicionero
dos ovejas que son de tu majada.
Ya voy Señor; a veces se imagina
el alma fascinada
que hacia allá se encamina
así como una Reina destronada
que volviera a sus reinos peregrina.
Hijos sin fin aguardan su arribada
en la costa vecina...
¡Hijos míos, con qué ansia tan divina
sueña en vosotros mi alma enamorada!
(Con arrobo). ¡Hijos míos de China!..
(Se oye ruido en el templo y Diego Pe-reira saca al padre de su ensimismamiento).

D. PEREIRA No es este buen lugar para la espera.
(Mira a los lados y al fin se decide por el lado de donde salieron al principio. Señalando).
Allí tenemos sombra en la enramada
que hace aquella palmera. *(Vánse).*

ESCENA VII

Por entre los árboles de la izquierda asoman la cabeza, cautelosos, y entran luego, con temor, Kadilah y Souka. dos óvenes brahmanes que se educan para el sacerdocio con otros compañeros de su edad en la pagoda de Triwalaor. Son os dos niños como de unos diez y seis años y visten igual que los demás brahmanes, pero en vez del cordón verde de éstos, llevan un fajín multicolor y bello que les ciñe a la cin- ura la amplia túnica. Los dos llevan en su figura la arro- ancia ingénita y las maneras esbeltas de todo brahmán. Pero en los ojos negros de Kadilah, de un terciopelo suave, l orgullo de la casta privilegiada se endulza con un indeci- le candor. Contrasta su rostro blanco con sus ojos y sus abellos negros, y aquella figura suya de adolescente, en- uelta en la túnica tan gentil, atrae las miradas con una gra- a encantadora.

ADILAH — *(Adelantando con Souka).* Anda, atré- vete de una vez.

OUKA — Ahora todavía no; si esperaseis un po- co más...

ADILAH — Pues ya no puede esperar el P. Fran- cisco. Tal vez venga ya hoy a sacarnos de aquí.

OUKA — Pues entonces... *(con tristeza)* idos sin mí.

ADILAH — Pero ¿porqué no te atreves? Si no te te han de poder hacer nada. Y en cam- bio aquí... acuérdate del pobre Laor. Porque una vez no quiso ofrecer la san- gre del sacrificio le bajaron a unos só- tanos llenos de agua donde dicen que hay unas serpientes espantosas, y ya no le vimos más.

UKA — Sí, sí;... si a mí también me da horror pensar que tengo que quedarme ahora solo, sin el único amigo... ¡Tienen estos dioses unas caras tan horribles!

DILAH — Y en cambio el Dios de los cristianos es Jesús, un niño como nosotros. Atré- vete, Souka. Ahora no te podrán hacer nada, porque vamos con el gran Sacer- dote y contra él no se atreven.

KA — ¿Y mi anciana madre que no me tiene más que a mí en el mundo? Estoy cierto

que si ella lo sabía era capaz de matarse de dolor.

KADILAH No. Dios te premiará este esfuerzo convirtiendo también a tu madre.

SOUKA ¡Ojalá sea! Iré, Kadilah; te lo prometo, pero ahora no puedo *(se oye ruido)*. ¡Ay! *(con sobresalto)* Será Kanna que habrá notado nuestra falta y viene a buscarnos. ¡Le tengo un miedo! Adiós, yo me voy ya.

KADILAH Aguarda, que no viene nadie.

SOUKA No; me voy porque Kanna nos andará buscando. Acuérdate mucho de mí, Kadilah; mira que me quedo sin amparo en esta madriguera de tigres. Adiós, querido Kadilah. *(Se abrazan, en un abrazo largo)*.

KADILAH ¡Qué pena que no te atrevas! *(Souka se aleja, rápido, hacia el interior del templo)*. ¡Pobre amigo mío! Yo he de pedir todos los días a Jesús que te saque de aquí. Y ahora que nos saque a todos enseguida. Nadie nos quería aquí.

ESCENA VIII

KADILAH (Solo).

KADILAH ¡Oh, buen Dios de los cristianos! ¡Tú que amas a todos, hasta a los parias, si me quisieras a mí también!... Sólo con que me mires como me miraba Souka me quedaré contento. *(Conmovido y suspirante junta las manos, y dice, de pie, en medio del proscenio, su oración)*.

Jesús, Jesús Dios bueno...—dice el pa-
[dre Francisco,
que eres pastor y tienes—un escondido
[aprisco
donde están tus ovejas, ovejas regala-
[das
que comen de tu mano—y van tras tus
[pisadas,

y que las quieres tanto—que les das
[por bocado
carne de tus entrañas—y agua de tu
[costado;
que un día por librarlas—de lobos car-
[niceros
tú mismo te arrojaste—entre sus dien-
[tes fieros,
y pues ya no tenías—dádiva más cum-
[plida,
por amor al aprisco—diste, oh Amor,
[tu vida;
y dice que aún caminas—buscando más
[ovejas
que huyen de tanto amor...—¡oh buen
[Jesús! ¿me dejas
que llegue a tu rebaño—que siga tus
[pisadas,
que limpie con mis labios—tus plantas
[desangradas?
Yo también soy oveja—y oveja desva-
[lida.
Si de mi desamparo—tu grande amor
[no cuida *(con mucha pena)*
¡ay triste Kadilah!
la oveja morirá...—la oveja morirá.
Los lobos de esta tierra,—los tigres,
[los chacales,
hincarán en mi alma — sus zarpazos
[mortales.
Ten piedad, no me dejes—en tan gran-
[de dolor
Tú, que el Padre Francisco—llamaba
[el Buen Pastor.
(Oye ruído y queda suspenso unos instantes). Por los malos caminos de una
[tierra lejana.

DILAH *(Una voz de adentro)* ¡Kadilah!

VOZ El Buen Pastor salía.

DILAH ¡Kadilah!

Salía... *(Se interrumpe tembloroso porque ve venir a Kanna por el pórtico).*

ESCENA IX

KADILAH y KANNA

KANNA (*Irritadísimo*). ¡Kadilah!

KADILAH ¡Ay! ¡Es él... el enemigo! (*Sin mirarle y con azoramiento*).

KANNA (*Sale en escena*). ¿No oyes que te estoy llamando? ¿Qué haces aquí?

KADILAH Voy...

KANNA ¿A dónde? Tu obligación está ahora allí (*a la pagoda*) con tus demás compañeros.

KADILAH Es que... me está esperando el gran Sacerdote.

KANNA ¿A tí? (*con extrañeza*) ¿en dónde?

KADILAH Allá abajo, hacia el camino real de Bisnaga. Quiere que le acompañe hoy en su paseo.

KANNA (*Volviéndose súbito*). ¿En busca del extranjero, eh? ¡Ira de los dioses! ¡Tú también!.. Adentro ahora mismo que es la hora del sacrificio. (*Kadilah no se mueve. Su pasiva rebeldía acaba de exacerbar al sacerdote brahmán. Fuera de sí le sacude violento por el brazo*). ¡Te he dicho que adentro!

KADILAH (*Soltándose brusco*). No quiero.

KANNA ¿Qué palabra has dicho? ¿Sabes el castigo que te espera?

KADILAH Antes que a tí debo obedecer al gran brahmán que me ha llamado.

KANNA ¡Mentira! ¡Adentro ahora mismo, y ha de ofrecer la sangre tú! (*Kanna le vuel ve a agarrar de la túnica e intent arrastrarle. En este momento aparec por los árboles de la derecha el Padr Francisco, con la paz y el sosiego d quien está con Dios. Ya en escena hac ademán a Diego Pereira de que se d tenga fuera*).

ESCENA X

Dichos y el P. FRANCISCO

KADILAH *(Se abalanza a los brazos del P. Francisco)*. ¡Padre mío!

P. FRANCIS. ¿Qué sucede brahmán? ¿En qué te ha ofendido este pequeño?

KANNA *(Estupefacto de rabia)*. ¡Ira de Brahma si es él! ¿Qué buscas aquí extranjero?

P. FRANCIS. *(Con suave ironía)*. ¿Así sabéis recibir a los que visitan vuestra pagoda?

KANNA Así recibimos en la India a los cuervos como tú.

P. FRANCIS. *(Sin inmutarse)*. ¡Cuervos! Los cuervos son aves de rapiña, pero yo brahmán no vengo a quitaros nada. *(Con dulzura irresistible)*. ¿Porqué me llamas cuervo? ¡Oh, si supieras bien! Atiende: Hace ya diez años que vine a estas tierras vuestras, y hoy estoy más pobre que cuando llegué. Mira mis vestidos brahmán; mira mi frente llena de arrugas. Entonces tenía mi cuerpo una salud robusta, ahora no soy más que una ruina. Y mil veces que la volviera a recuperar, mil veces la daría con toda mi alma para vosotros. ¿Son los cuervos así?

ANNA Tú nos robas la gente de las pagodas, y eso es peor mil veces.

FRANCIS. No brahmán, no os robo nada, antes vengo a repartiros un gran tesoro. Los pobrecitos parias lo saben muy bien, pero vosotros brahmanes, sin oírme lo rechazáis.

NNA *(Irguiéndose con desdén brahmínico)*. ¿Qué dices extranjero? A la casta privilegiada, a nosotros los brahmanes, nos quieres dar lo que estás dando a los parias. ¡Tú estás loco! *(Cambiando rápido)*. ¡Ah maldito! ese es el malefi-

cio tuyo con que quieres destruir nuestras castas. Brahma te castigará. *(A Kadilah).* Vamos dentro.

KADILAH — No. Yo me quedo con el padre.

KANNA — ¿Tú con ese cuervo? ¡Nunca! Ya le haremos levantar de aquí. ¡Adentro tú! *(Sale Visva Mithas por el lado del estanque, y casi al mismo tiempo Pereira, por el opuesto).*

ESCENA XI

Dichos, VISVA MITHAS y PEREIRA

VISVA MIT. — No. Kanna; déjale conmigo.

KANNA — *(Todo turbado e inclinándose profundamente las manos sobre el pecho).* ¡Gran maestro de los que enseñan!

VISVA MIT. — Yo dije a Kadilah que a la hora del sacrificio saliera en mi busca por el camino real. ¿Porqué se lo estorbabas?

KANNA — Perdona, sacerdote excelso; creí que Kadilah me engañaba. No podía imaginar que a la hora de los sacrificios y del estudio de los sagrados Vedas, tu venerable sabiduría le distrajera en otros menesteres. *(En tanto habrá formado grupo aparte el P. Francisco Pereira y Kadilah. Quedarán casi a bo ca del escenario, y el P. Francisco y Pe reira ocultos tras un castaño, para que mire desde el pórtico).*

VISVA MIT. — Dices bien, ilustre; el estudio de lo cuatro Vedas es cosa muy seria; y par retener en la cabeza del hombre la alabanzas de los trescientos mil diose todo el tiempo es poco. Pero dim ilustre, tú que llevas treinta años de cifrando los sagrados enigmas q Brahma pronunció en el principio ¿s brías explicarme la causa del abur miento del soberano Brahma?

P. FRANCIS. *(Explica a Kadilah la significación del Crucifijo).* Y como éramos tan malos dijo: me haré hombre como ellos y moriré por su amor. Y desde entonces está así enclavado pensando en nosotros. *(Aparecen en el atrio D. Alvaro y Duarte que salen defraudados sin haber visto el collar que buscaban. Los grupos siguen sus diálogos).*

KANNA Gran sacerdote, mi ciencia es pobre como la llama de una pajuela y desaparece ante el sol de tu sabiduría que nos alumbra a todos.

ESCENA XII

Dichos, D. ALVARO DE ATAIDE y DUARTE

DUARTE *(Desde el dintel del pórtico).* ¡Cómo perdimos el tiempo, mi amo!

D. ALVARO ¿Perder? Aún no por Cristo. Mira ese brahmán. ¿No ves eso que tanto le brilla?: ¡es el collar! *(Adelantarán muy poco a poco dando lugar al diálogo de Visva M. y Kanna.*

VISVA MIT. *(Con lástima).* Basta de engaños, pobre Kanna, créeme, te repito, que Brahma está ya profundamente aburrido de toda esa pandilla de dioses y no tardará en suprimirlos a todos.

KANNA *(Con intención).* ¿Y a las castas también verdad? Dicen que vamos a ser todos parias ¡qué grandeza! *(Comienzan a sonar en la pagoda redobles sordos y lejanos de timbales).*

P. FRANCIS. Sí, hijo mío, en esta región todos somos iguales, porque todos somos hermanos de Dios y llevamos su misma sangre.

KANNA Gran maestro, llaman al sacrificio.

VISVA MIT. Vete, vete. *(Sonriendo).* A mí me concedió asueto para una temporada el generoso Visnú.

D. ALVARO *(Se acerca cada vez más al gran sacerdote. Con pasmo)*. ¡Cielos, qué divinísimo collar!

KANNA *(Inclinándose profundamente ante Visva M.)*. ¡Gran sacerdote de los que enseñan! *(Yendo hacia el atrio. Con rabia feroz)*. ¡Ay de tí, maldito! ¡Ay de todos los traidores! *(Se va Visva Mithas al grupo del P. Francisco, a poco le sigue D. Alvaro atraído por el collar, pero deteniéndose y dando lugar a lo que sigue. El castaño le impide ver el grupo.*

D. ALVARO Esto son perlas, Duarte. Qué sueño si las logramos esta vez, Pereira...

VISVA MIT. *(Arrodillándose a los pies del P. Francisco)*. Padre mío, tu bendición. ¿Cómo viniste hasta aquí?

P. FRANCIS. No me sufría aguardaros más y me apresuré a traeros la grande noticia.

VISVA MIT. *(Con gran viveza)*. ¿Cuándo padre?

KADILAH *(Igual)*. ¿Cuándo?

D. ALVARO *(A Duarte)*. Te digo que Pereira esta vez se va a freir cuando se entere que hice yo el negocio. *(Llegan hablando al grupo)*. ¿Pero viste tú en tu vida riqueza semejante?

P. FRANCIS. En seguida, hijos, hoy mismo si queréis.

D. ALVARO *(Viendo a Pereira)*. ¡Pereire! ¡¡Ira del infierno!!

DUARTE *(Viendo al Padre corre a sus pies)*. ¡Padre Francisco, perdón, perdónanos!

PEREIRA ¡Cielos! D. Alvaro aquí... y en disfraz de indio!

P. FRANCIS. ¿Perdonaros? pues qué...

D. ALVARO ¡Calla, bribón, o te saco la lengua! *(Se desemboza)*. Soy yo, Padre Francisco; D. Alvaro de Ataide. ¿No nos conociáis, verdad?

P. FRANCIS. Verdad; cómo sospechar bajo esas túnicas...

D. ALVARO Perdónanos, Padre, habíamos oído tales ponderaciones de la pagoda esta, que

nos vino muy grande curiosidad de conocerla, y no discurrimos mejor traza que esta, un poco aventurada...

P. FRANCIS. *(Grave)*. Sí sí, quitaos esos disfraces; no vienen bien con vos, D. Alvaro.

D. ALVARO *(Quitándose la túnica)*. ¡Y otra vez ese perro maldito quitándome la jugada, y riéndose de mi figura! *(Ambos se despojan sus túnicas y quedan en traje de hidalgo y escudero)*.

P. FRANCIS. *(A D. Alvaro y a Duarte con cariño)*. Queden ahora aquí Vuestras mercedes, y enseguida tomaremos todos juntos el camino.

D. ALVARO *(Refunfuña)*. Yo no hago compañía a ese perro embrujado.

P. FRANCIS. *(A los brahmanes)*. Ahora nos iremos todos a Sto. Tomé, y enseguida, rostro a la mar.

D. ALVARO *(Aparte)*. ¿Pero también el del collar? en ese caso...

P. FRANCIS. *(Con mucha exaltación)*. Sí, tengo una gran ansia de verme pronto en el mar. Es tan inmenso el tesoro que allá llevamos, que se me imagina andar tropezando por todas las vías de tierra y no sosiego hasta verme en la mitad del mar. Veréis: Iremos como unos conquistadores de una nueva cruzada, sin lanza y sin espada, a todos los rigores; desnudos, harapientos, desafiando a piratas y vientos y furias de la mar. Va con nosotros Cristo ¿qué nos ha de falfar? Él nos lleva adelante, y a nuestra voz de mando, el reino de la Iglesia se ha de ir ensanchando.
Ese imperio de China de millones y millones dicen que es. Todo para nosotros tres. ¡Qué divina alegría, segar y segar mies, desde que nazca el día, y otro y otro y otro día después!

VISVA MIT. *(Enardecido)*. ¡Oh, sí, Señor, yo he de ganarte un alma, por cada suspiro tuyo de amor.

KADILAH (*Igual e ingenuo*). Y yo un reino muy grande por cada gota de tu sangre.

D. PEREIRA (*A D. Alvaro, cariñoso*). ¿Y nosotros, amigo D. Alvaro? ¡cómo nos avergüenza el fervor de estos nuevos hermanos!

D. ALVARO (*Aparte con rabia*). Los han embaucado, lo sospechaba ¡qué modo de hacerse con el collar este zorro astuto! (*a Pereira*) ¿Estos nuevos hermanos, dice? Pues sepa Vuestra merced que yo soy tan cristiano como lo pueden ser ellos y Vuestra merced juntos. (*Durante este diálogo, habrán empezado a sonar dentro del templo lejanos y misteriosos los redobles de los timbales que tañen las bayaderas; cerca del pórtico rumores confusos de voces que salmodian y puede comenzar ya aquí débil e intermitente el comentario de la orquesta.*

D. PEREIRA (*Siempre afable*). Por Dios, D. Alvaro, si no era esa mi intención.

D. ALVARO Es que yo no tolero chanzas de ningún mercader por muy enriquecido que se crea, y si al vernos con estos hábitos llegasteis a sospechar algo mezquino...

D. PEREIRA (*Noble*). Yo señor, no acostumbro a sospechar nada mezquino ni de vos ni de nadie.

P. FRANCIS. Amigos, daos la mano, que no fué nada, y demos todos ejemplo de caridad.

DUARTE (*En un arranque de nobleza*). ¡Pecadores de nos!

ESCENA XIII

Sale el cortejo de sacerdotes que se encamina al estanque sagrado para hacer las purificaciones del rito. Primero dos jovencitos brahmines vestidos de igual traza que Kadilah, llevando en sus manos unos pebeteros de filigrana de plata que llenarán el ambiente de nubes aromáticas; luego otros con sendos maniles o lebrillos, también de plata fastuosa, en los que llevan lienzos; y detrás ocho, diez o más brahmanes de blancas túnicas acompañando al sacrificador que va en el centro con los instrumentos de su oficio teñidos en la sangre reciente. Este personaje lleva en su cabeza unas ínfulas de oro y pedrería que le caen sobre las espaldas, y además un manto magnífico ornamentado con bárbara grandeza. Luego el cortejo con grandes plumeros de plumas ricas y brillantes. Para el mayor efecto escénico, será bien acompañar con el redoble sordo y fantástico de los timbales del templo, la melopea de los brahmanes, y aun aplicar a ella alguna melodía exótica que vaya subrayando la orquesta. Salen todos y avanzan muy lentamente salmodiando los ritsc de su Rigveda. En el cortejo irá Kanna también.

VISVA MIT. *(En cuanto advierte que sale el cortejo hace que el grupo se estreche y se oculte al amparo del corpulento castaño).* Silencio, silencio ahora, que no nos vean.

P. FRANCIS. ¿Qué van a hacer?

CORTEJO *(Cantan)* ¡Oh, Brahma Creador!,
ascienda a tí propicio
el fuego, roja flor
de nuestro sacrificio.
¡Loor, loor, loor *(Al cantar este estribillo se detienen siempre).*
a Brahma Creador!

P. FRANCIS. *(Con tristeza).* ¡Dios mío! ¿Qué cantan estos infelices?

D. ALVARO *(A Duarte).* Y nosotros ¿qué componemos aquí? Te digo que me está hirviendo la sangre. Mírale a ese zorro. *(Por Pereira).*

CORTEJO ¡Shiwa, dios del rencor,
muera todo traidor!
Ascienda a tí propicio
el fuego abrasador
de nuestro sacrificio.
¡Loor, loor, loor
a tí, Dios vengador!

P. FRANCIS. *(Hace ademán de salir al encuentro de los sacerdotes y le detiene vivamente Visva M.)* ¡No puedo más, dejadme que salga!

VISVA MIT. No, Padre, ahora no. Son muy fanáticos, y en estos momentos se ponen como fieras.

D. ALVARO Duarte, esto me huele mal; vámonos de aquí con disimulo antes de que suceda algo.

DUARTE Ahora soy yo el que me quedo, señor.

CORTEJO

¡Oh, adorable Visnú!,
eres tú, sólo tú,
nuestro conservador.
A tí, Visnú,
señor
de los excelsos dioses del Abú,
ha de llegar propicio
el olor
de nuestro sacrificio.
¡Loor a tí, loor, loor
Visnú conservador!

(El Padre Francisco oirá la última estrofa con muestras de amor lastimado, y al oir este loor final, se arrancará de Visva Mithas y saldrá clamando en un arrebato de angustia, solemne y magnífico, con todo el fuego gigantesco de su alma).

P. FRANCIS. ¡Loor... a tí sólo, Señor... Cristo Dios Salvador, Cristo Dios Redentor...! ¡Oh, Señor! *(vehementísimo)* que estos pobres ciegos vean tu divino resplandor. *(Los brahmanes, que en un principio quedaron suspensos, comienzan a alborotarse).*

KANNA *(Fanático).* ¡Ese es el cuervo!

VARIOS ¡¡El cuervo, el cuervo!!

P. FRANCIS. ¡Señor, prenda en ellos la llama de tu dulcísimo amor! *(Cuanto sigue hasta el final extremadamente rápido).*

KANNA Intruso, ¿cómo te atreves a blasfemar aquí de nuestros sagrados diosss?

P. Francis. Dioses, no; ¡sólo Dios! *(Señala levantando su crucifijo. Aquí aparecerá arrastrándose por el suelo del pórtico el ciego y fanático fakir).*

Cortejo *(Con ira impetuosa).* ¡Brahma, Brahma, eterno Dios!

Abul B. *(Se retuerce como una serpiente, y clama alzando la cabeza temblona con un gesto de furor).* ¿Dónde está?... Dádmelo que yo le retuerza con estas manos mías... ¿Qué hacéis, cobardes?... ¿Qué hacéis, hijos de Brahma? *(Empujados por la rabia del fakir, que se arrastra anhelante y torpe, avanzan todos hacia el Padre Francisco).*

D. Alvaro *(A Duarte).* Vámonos al punto y sálvese el que pueda.

Duarte *(Con irónico desdén).* ¿Y lo pensáis ahora? *(Váse D. Alvaro solo).*

P. Francis. *(Con un ademán imponente).* ¡Atrás! No es aún mi hora. *(En el mismo instante salen Visva Mithas y Kadilah).*

Visva Mit. *(Con igual grandeza).* ¡Atrás! *(Salen también Duarte y Diego Pereira).*

D. Pereira ¡Cobardes!

Duarte ¿Quién se atreve?

Cortejo. *(A Visva Mithas, rabiosos).* Blasfemó de los dioses.

P. Francis. *(Radiante alza de nuevo el Santo Cristo).* ¡Sólo Cristo Dios!

Visva Mithas se arranca el collar, símbolo de su dignidad suprema, lo arroja a los brahmanes y cae de rodillas, igual que Pereira, Duarte y Kadilah.

Visva Mit.
Pereira
Duarte
Kadilah } ¡Sólo Cristo Dios!

TELÓN *rapidísimo.*

ACTO II

Una pieza de respeto, muy bien aderezada en el parador que los mercaderes de Portugal tienen en Meliapur, la ciudad del glorioso apóstol Santo Tomé. Esta ciudad de Meliapur, muy vecina a la pagoda, pertenece al rajah de Tanajahor, feudatario del gran rajah de Bisnaga. Tiénenla en mucho los buenos portugueses porque en ella dicen que reposan los bienaventurados restos de Santo Tomás, apóstol del Señor, y también porque, escalada junto a la mar, les abre tránsito muy codiciadero para los demás reinos de la India, y no menos ampara en las malas travesías a las naves que parten para Malaca. Tiene siempre muy grande bullicio de mercaderes. El bienaventurado Padre Francisco conoció que era campo abonado para las más gloriosas conversiones y derramando entre infieles y cristianos la gracia de Jesucristo aguarda con ansia en este lugar el momento de partir para China. Oscurecióse ya.

ESCENA I

D. ALVARO y DUARTE

Todo en este aposento es de gusto europeo, sencillo y bien aderezado. Puerta al foro cubierta con un tapiz. En un sillón de cuero reposa el gobernador de Malaca, D. Alvaro Ataide de Gama, y por ver de ahuyentar la desazón que le ocasionó el descalabro de su intentona el día anterior, gusmea inquieto y malhumorado de unas confituras que habrá sobre el tapete de una mesa en una bandeja de plata. Junto a la bandeja, recado de escribir. Don Alvaro viste galas cortesanas severas y elegantes según la traza que puso en boga la majestad de D. Carlos V en las cortes del medio día de Europa, y por todas armas lleva a la cintura un puñalete damasquinado con preciosa labor. Entra por el foro Duarte su escudero; vestido entre paisano y militar con tufos de bravucón.

DUARTE — ¿Todavía le dura a mi amo esa cara de Pascua?

D. ALVARO — ¡Vive Cristo! ¿Vienes aún a burlarte? Pues si quieres guardar el pellejo no me recuerdes la afrenta de ayer.

DUARTE — *(Con firmeza)*. Bien merecido lo tuvimos.

D. ALVARO — ¡Ah traidor! ¿Porqué no te viniste conmigo? ¿Porqué dejaste solo a tu amo, para que creyeran que huía de miedo?

DUARTE — Porque entonces nuestra obligación estaba allí.

D. ALVARO — Mentira. Tu única obligación es servir a tu amo.

DUARTE Eso... *(En tono de duda).*

D. ALVARO Eso y más que vas a hacer ahora mismo, voto a San... ¿Qué decía, que decía Pereira, ese perro del infierno? ¡Qué buen día le dimos con nuestra bellaquería!

DUARTE Pereira, señor, no dijo nada, sino muy grandes alabanzas de vos al P. Francisco y a los dos brahmanes.

D. ALVARO Porque estabas tú, y sabía que me lo habías de contar. ¡Ah, zorro ladino! Y el collar ¿cuántos ducados le vale?

DUARTE El collar allá se quedó.

D. ALVARO ¿Cómo, pero no lo tiene él? ¿No lo trajo ese brahmán que se ha bautizado esta mañana?

DUARTE Dígoos que no. Visva Mithas, el gran sacerdote que desde hoy se llama Alfonso, se lo arrojó ayer a los brahmanes poco después de marcharos vos. Y por cierto que no hizo el Sr. Diego Pereira ningún mohín de disgusto.

D. ALVARO ¡Cielos! ¿Luego aún puede ser nuestro? Ya estás volando a enterarte y ver el modo de hacernos con él. Mira que es el único modo de alcanzar mi perdón. Y vienes pronto o por estas que son cruces *(hace el gesto con los dedos de la mano)* que vas a sacar a qué huele el castaño.

DUARTE Primero que eso...

D. ALVARO *(Imperiosamente).* Ni una palabra más.

DUARTE *(Indiferente).* Allá quedéis con Dios. *(Murmurando desde la puerta).* No, no aguanto ya más. *(Váse).*

ESCENA II

D. ALVARO

D. ALVARO *(Se levanta y paseará nervioso).* ¡Ah, esto ya es distinto! Todavía respiro. Aún puede ser mío ese divino collar que yo creía perdido para siempre en

las garras de ese judío. ¿Cómo lo habrá dejado escapar? No lo entiendo; tal vez se lo impidió el P. Francisco; tal vez fingió no verlo entonces, para caer después sobre él más seguro. *(Con zozobra)*. ¡Oh, es posible esto!... Es necesario que Duarte vaya al punto... y luego lo de China que es lo principal... Hay que reconocer que ese hombre tiene un olfato privilegiado de viejo mercader ginovés. Con los años que llevo yo en el oficio nunca se me había ocurrido idea semejante, ¡y que es negocio, San Diniz me valga!

Arrímanse los pobres mercaderes a la costa de China y arañando sólo lo que miserablemente pueden sonsacar de contrabando, a los pocos tiempos se vuelven de oro. ¿Qué será cuando a favor de una embajada se abran de par en par las puertas de la China y de toda su fabulosa industria? ¡Qué bien lo entendió el taimado! *(Con viva exaltación)*. ¡Aquí de mi venganza la que he andado buscando inútilmente tanto tiempo!... Por las barbas de mi padre don Vasco que va a ser buena... Dicen que embarcó este mediodía para Goa y que llevaba cartas del P. Francisco pa el Virrey, ¡mejor!, dejémosle que lo prepare todo. *(Alza el tapiz un pajecillo que trae un billete en la mano)*.

AJE — Señor, esto acaba de traer para Vuestra Señoría un criado del señor Diego Pereira.

. ALVARO — *(Rompe el lacre impaciente)*. Veamos. *(Váse el paje. D. Alvaro lee)*: Al muy poderoso Señor Gobernador de Malaca D. Alvaro de Ataide:

Con mayor urgencia de la que imaginaba he tenido que embarcar con rumbo a Goa, sin que me fuera posible despedirme de Vuestra Señoría. Llevo cartas del P. Francisco que apoyan mi pe-

tición ante el señor Virrey: La embajada que proyectamos en nombre de nuestro señor D. Juan III, nos abrirá las puertas de China cerradas inexorablemente a todo otro intento, y en esta guisa podremos introducir allá la ley de Nuestro Señor Jesucristo, único anhelo del P. Francisco y mío. *(Se interrumpe D. Alvaro con despecho).* ¡Pícaro, farsante! *(lee):* Vuestra Señoría que tiene en su mismo linaje una tradición cristiana tan gloriosa, apoyará este negocio de la embajada, y llegados con la nave a su gobierno de Malaca, nos prestará por amor de Cristo toda su ayuda y favor. Yo le quedo desde ahora muy obligado, y el Santo Padre Francisco le explicará más largamente en nombre de los dos este agradecimiento nuestro. Muy rendido servidor de V. S. Diego Pereira. *(Estrujando el papel entre las manos).* ¡El lagartón beato! ¿si sabrá decir cosas? Vete Pereira, vete señor embajador de China, muy de prisa a Goa por tu embajada que yo, ¡já! ¡já! ¡já!, voy a prepararte alojamiento decoroso en mi ciudad de Malaca por donde tienes que pasar ¡Ah el muy ladrón lo ha previsto, y se adelanta para engañarme una vez más. *(Con aire de triunfo)* ¡No, Pereira! ahora me toca a mí. Verás qué lindos sótanos hay en mi castillo de Malaca. *(Vuelve a asomar el pajecillo).*

PAJE — Señor Gobernador, ahí fuera aguard un brahmán que pide hablaros.

D. ALVARO — *(con extrañeza)* ¿A mí? ¿Acaso algun de los que bautizaron hoy?

PAJE — No; es un desconocido y viene con otro

D. ALVARO — No adivino qué puede ser. Que entren ¿Vino Duarte?

PAJE — No vino, Señor. *(Váse).*

D. ALVARO — Esto me trae de nuevo a la memori nuestra vergüenza de ayer.

ESCENA III

Alza el paje el tapiz del foro que mantendrá elevado mientras entran los dos brahmanes. Uno de ellos es Kanna. Visten igual que en el primer acto. El otro, más joven, traerá una caja envuelta en una seda de brillantes colores. Ambos hacen profunda reverencia desde el umbral, que contesta Ataide de pie junto a la mesa.

KANNA. Dos sacerdotes del omnipotente Brahma se inclinan hasta las rodillas ante el muy poderoso gobernador de Malaca.

D. ALVARO *(Con natural gentileza).* Yo os saludo, señores. ¿En qué os podré complacer?

KANNA Tráenos un negocio que podrá ser muy del provecho de vuestra grandeza.

D. ALVARO *(Afable).* Sentaos, señores, si no queréis obligarme a permanecer de pie.. *(Siéntanse los tres).* Veamos, que ya os escucho.

KANNA Dos indios que no eran indios, subían ayer la cuesta de la excelsa pagoda de Triwalaor, sin miedo a las serpientes ni a las durezas del sol.

D. ALVARO *(Agresivo).* ¿Qué? ¿qué venís a contar?

KANNA *(Con calma).* Esperad, señor. Esos dos indios, como no eran indios, no iban a adorar al soberano Brahma. Iban en busca de un collar maravilloso que en todo el mundo no tiene par.

D. ALVARO ¿Quién os lo dijo? eso es mentira.

KANNA Eso es verdad aunque no lo quiera creer el señor Gobernador. Esos dos indios, como no eran indios, se creían solos, e iban debatiendo la manera de apoderarse del collar, sin saber que en torno al templo del padre Brahma, los árboles y las piedras tienen también espíritu y escuchan.

D. ALVARO ¡Mentira, te digo! y si venís a...

KANNA Es lo mismo, señor. Veníamos a evitarles la molestia de emprender otra vez un viaje tan fatigoso e inútil como el

de ayer y los peligros que dos indios que no son indios pueden hallar en el misterio sagrado de nuestras pagodas. *(Coge el envoltorio de manos de su compañero y lo desenvuelve tranquilo. De entre el paño de seda destaca una arquilla de oro ricamente labrada, que se abre por un resorte).* Veréis, señor, cómo acaba por placeros nuestra venida.

D. ALVARO No veo en qué me pueda interesar.

KANNA *(Abre la arqueta y saca con ambas manos el voluminoso collar).* Decidme ahora.

D. ALVARO *(Con indecible estupor).* ¡¡Oh, sí, éste es!! no hay otro que se le pueda asemejar. *(queda unos momentos como en éxtasis)* ¡Nuestra Madre da Cintra qué perlas! pero decidme ¿son auténticas?... Dejádmelas tocar! *(Kanna sonríe significativo a su compañero y alarga a D. Alvaro el collar).*

KANNA Vos juzgaréis, que dícennos sois tan buen catador en piedras preciosas.

D. ALVARO *(Dando vueltas y contemplando a mil modos el collar)* ¡Dios poderoso que si son...! ¡Qué regalía...! Pero decidme, ¿de dónde pudo salir esta maravilla?

KANNA Tal vez os interese más saber adónde puede ir a parar. Es famosa joya ¿verdad? y parece que no os desagrada del todo.

D. ALVARO Por Cristo, ¿qué me pedís por ella?

KANNA *(Sonríe siempre ladino y sagaz)* ¿Qué daríais?

D. ALVARO Todo el montón de perlas que he venido acaparando hasta aquí.

KANNA ¿Nada más?

D. ALVARO No sabéis cuánto es. Podría pujar con el tesoro del rajah de Baroda.

KANNA ¿Nada más?

D. ALVARO Mi cofre de ducados milaneses. Pasan de cinco mil...

KANNA ¿Nada más?

D. ALVARO Ved que son de oro y en la moneda más firme que ahora corre en Europa....

KANNA *(Con igual sonrisa)* ¿Y no dais más?

D. ALVARO ¿Más aún? *(angustiado).* Mis dos navíos con su equipo de guerra y el cargamento de especias que hoy íbamos a llevarnos a Malaca. No tengo más.

KANNA ¿No dais más?

D. ALVARO No tengo más, señor, os lo juro. Os doy en ello toda la fortuna que he logrado adquirir paso a paso en los años de mi gobierno. No me queda ya ni un reis que añadir.

KANNA Si no se os ocurre, pues, cosa más...... *(Hace ademán de volver otra vez el collar al cofre).*

D. ALVARO *(Suplicante).* No me queda más, señor. Pero ¿qué queréis, por Cristo?

KANNA Me daríais también vuestro gobierno?

D. ALVARO ¡Oh! eso no es posible.

KANNA Pero si lo fuera, ¿lo daríais?

D. ALVARO *(Aparte).* ¡Qué extraña demanda! *(a Kanna)*... ¡También!

KANNA *(Insiste).* ¿Lo daríais?

D. ALVARO ¡Sí!

KANNA Pues ved que no os pido ni vuestro gobierno, ni vuestros navíos, ni siquiera una de vuestras perlas o de vuestras monedas. *(Señalando al cofre).* Ahí lo tenéis. El collar es vuestro.

D. ALVARO *(Cambia con brusca exaltación de un afecto en otro).* ¿Qué oigo?... ¿Sueño?... ¡Cielos! ¿no me engañáis?... Ah, no, no es posible. *(irritado).* Vosotros os reís de mí... Pues por Judas que... *(echa mano a su daga).*

KANNA *(Con seriedad).* Os repito que el collar es vuestro con una condición insignificante.

D. ALVARO Decid pronto, que ya no aguanto.

KANNA Que esta misma noche nos entreguéis los cadáveres de los dos brahmanes renegados que desde esta mañana se llaman Alfonso y Antonio de Santa Fe.

D. ALVARO ¿Cómo? ¿Eso me pedís a mí?

KANNA Nada más. Suponemos que no es mucho pedir a quien está dispuesto a dar toda su fortuna y hasta su gobierno, que es tanto como vender a la patria madre.

D. ALVARO Pero es que yo aquí no tengo jurisdicción; ¿con qué autoridad los hago prender?

KANNA *(Con fría indiferencia).* Eso ya no nos interesa.

D. ALVARO *(Tímido).* Además son cristianos.

KANNA Sí, y además son dos cristianos de los que necesitan, ¿oís bien?, de los que necesitan el P. Francisco y Pereira, ese excelente amigo vuestro, para su negocio en China.

D. ALVARO ¡Ah! ¿Qué me decís? *(Con vivo gozo).* ¡Sí, es verdad! ¡Sí, es cierto que necesitan de su ayuda para entenderse en la lengua de ellos!

KANNA Y esos dos brahmanes, como todo sacerdote de Triwalaor, están muy versados en las doctrinas de Buda y de Confucio.

D. ALVARO Sí, sí. Esta noche los tendréis.

KANNA Con firmeza, señor gobernador, decidlo otra vez.

D. ALVARO Juro que esta noche tendréis los dos cadáveres.

KANNA ¿En el camino de Tanajahor?

D. ALVARO En el infierno de Satanás, si lo queréis.

KANNA *(Envuelve el cofre).* Pues entonces, allí os esperamos.

D. ALVARO *(Estupefacto).* ¿Pero os lleváis el collar? ¡No, por Cristo! *(Empuña otra vez su daga).*

KANNA No temáis engaño. Un brahmán jamás faltó a su palabra, y como prometimos a vos el collar, lo cumpliremos, y como juramos la muerte de esos perjuros, se cumplirá también. *(Terrible).* ¿Lo oís? Mas porque quedéis tranquilo del todo, aquí me tenéis de rehén.

D. ALVARO Sí, sí, aquí podréis quedar. *(Señala la puerta de la izquierda)*. ¿Y ha de ser esta noche?

KANNA Esta noche. (*Asoma el paje por el foro*).

PAJE Señor, el Padre Francisco está afuera y pregunta por vos.

D. ALVARO Mas a punto, jamás. ¿Y vino solo?

PAJE Llegó ahora mismo con Duarte.

D. ALVARO No hay instante que perder. *(Se sienta y escribe acelerado una orden que sellará y dará al paje*). Entrega al punto este pliego al sargento de mi guardia y que no se dilate lo más mínimo en cumplir la orden que le doy. Cuidado con que Duarte se entere, lo oyes? (*Da al paje el billete*). Y ahora dí al Padre Francisco que pase aquí, que yo vengo al instante. *(Váse el paje. Prosigue rápido D. Alvaro)*. Sí; los tendréis esta noche. *(A Kanna)*. Vos, brahmán, quedaréis en esta habitación *(vuelve a señalar la puerta lateral izquierda)* hasta que yo reciba el collar. ¡Divinísimo collar! *(Salen todos por la puerta lateral izquierda)*.

ESCENA IV

P. FRANCISCO y DUARTE.

UARTE Creedme, Padre mío, *(mirando a todos lados con recelo)* y estad en guardia con mi amo.

FRANCIS. No tengas cuidado, buen amigo. D. Alvaro es muy cristiano caballero y nos quiere muy bien.

JARTE Y yo os repito que receléis de esa devoción que os haya demostrado. ¡Oh, si valiera mil veces que fuera abiertamente malvado! Ese pliego que hace un instante envió con tanta urgencia al sargento de su guardia me da mucho para pensar. El paje quiso recatármelo.

Además, estaban aquí dentro Kanna y el otro brahmán cuando lo escribió.

P. FRANCIS. No caviles sin motivo mayor, buen amigo. Todo eso no es más que un pensamiento malo contra tu señor.

DUARTE Mirad, Padre, que llevo quince años sirviéndole día y noche, y le conozco harto. Mas cuando no creyerais en mis palabras, bien reciente está nuestro pecado de ayer en la pagoda de Triwalaor. Lo mismo que le hubieran hecho ofrecer sacrificio a los dioses, consintiera en ello por ver de lograr el negocio que allá nos llevó.

P. FRANCIS. Un mal momento, lo tenemos todos, hijo. Esta arcilla vil de nuestra carne es la misma en el santo más glorioso que en mí pecador. Pero estoy seguro que D. Alvaro arrepintióse ya de su pecado, igual que tú.

DUARTE Ahí se le siente venir. Guardaos padre una vez más, y bendecidme ahora *(Se arrodilla, le besa el ceñidor y se retira por el foro).*

P. FRANCIS. Vé en paz, buen Duarte.

ESCENA V

El P. FRANCISCO y D. ALVARO

P. FRANCIS. *(A D. Alvaro que sale por la lateral izquierda).* La gracia de Nuestro Señor sea con vos, señor gobernador.

D. ALVARO *(Muy hipócrita).* Padre Francisco, dejad que bese las manos de un santo.

P. FRANCIS. ¡No, no, las manos de un pecador, no! Besad aquí. *(Dale a besar el crucifijo).*

D. ALVARO No me dejaban ya sosegar las ganas que tenía de veros a solas y pediros perdón por nuestra mala hazaña de ayer en la pagoda.

P. FRANCIS. ¡Bien está; aquello ya pasó!

D. Alvaro ¡Ah padre! Hasta aquel rincón de Malaca donde vivo, ha llegado ya la fama de vuestra santidad y de las maravillas que Dios hace por vos.

P. Francis. *(Con profunda pena).* ¡Oh, y no llega la fama de mis muchos pecados! Creédme, señor gobernador, no tiene Nuestro Señor Jesucristo siervo pecador que tan mal le pague. Yo también ansiaba saludar a D. Alvaro de Ataide. Me dijeron que se tornaba quizá esta misma noche a su gobierno de Malaca y me apresuré a venir. Cúmplenos tratar un gran negocio, señor don Alvaro.

D. Alvaro *(Con grandes extremos le ofrece el sillón de respeto).* Venid acá, padre mío; sentaos y trataremos de cuanto os plazca. *(Aparte, mientras se sientan).* Estoy en ascuas. ¿Si habrá cumplido ya el sargento mi mandato? *(Al padre).* Sí; tenía determinado de hacerme a la mar este anochecido, sin más tardanza, pero a última hora se me ofreció un negocio de mucho provecho de su Alteza Fidelísima y me fué preciso demorarme unas horas más.

P. Francis. Hacéis como un leal caballero. Entiendo que nuestros oficios se parecen mucho, señor gobernador. Vos, buscando siempre la honra del Rey sin descuidar la de Dios; yo, buscando siempre la honra de Dios que nunca será en perjuicio de la del Rey.

D. Alvaro Muy bien hablado, P. Francisco.

P. Francis. Y por eso entiendo que ambos nos debemos de ayudar tanto, para que la honra de Dios prospere, y con ella la de su Alteza.

D. Alvaro Y así será por vida mía, si alguna vez tengo la dicha de veros por aquellas tierras de mi gobierno. *(Aparte).* ¡Todavía no se siente ruido abajo!

P. Francis. Pronto iremos por allá, señor. Meditamos una empresa de la mayor gloria de

Dios. En estas partes, por su misericordia vánle conociendo ya, y cada día llegan de Europa nuevos misioneros que predican su nombre. Pero hay más arriba un grande imperio de los Chinos donde nadie conoce a Dios y mueren cada día para el infierno miles de almas.

D. ALVARO ¡La China, grande país por cierto! Ahí están, además, por hacer muy ricos negocios.

P. FRANCIS. El de las almas Señor. *(Con grand pena)*. El de tantos millones de alma que me hacen vivir en un perpetu martirio. Todo otro negocio ¿qué pued ser sino basura que mancha las con ciencias?

D. ALVARO *(Devoto)*. ¡Oh, qué bien decís, Padre ¿Y vais así... tan solo?

P. FRANCIS. Solo no podría hacer cosa de prov cho. Me acompañan los dos brahmane que hoy bauticé y mi querido amig Diego Pereira. Sin los brahmanes n podría entrar allá porque yo no cono co la lengua de los chinos y sin Perei tampoco. El irá como embajador de Alteza. Como todo extranjero que lleve embajada de su rey tiene pena muerte en aquel imperio, ideamos es medio para poder entrar predicando Dios. Es el único modo, Señor.

D. ALVARO *(Sonríe nervioso)*. Ya, ya, muy ing nioso. Seguramente se le habrá ocur do al señor Diego Pereira, ¿verdad?

P. FRANCIS. Sí, suya es la idea. Digo mal, es u inspiración de Dios.

D. ALVARO Como él es tan devoto no es extra tenga estas inspiraciones. Luego di que es tan rico ese país... Él, cla aunque no lo intente, verá de no d aprovechar su negocio en ese via así como de paso, mientras predica fe de Nuestro Señor.

P. FRANCIS. ¡Oh, si todos los mercaderes fuesen como él! ¡Cuántas veces me mueven pensamientos de ir a las universidades de Europa, y aun aquí mismo por las calles de Goa y Santo Tomé, como hombre que tiene perdido el juicio, gritando a todos los nobles y doctores y mercaderes, que sólo por medrar acá se afanan: Necios ¿qué responderéis en el día terrible de la cuenta? Vended todas vuestras riquezas y comprad aquella perla preciosa. .

D. ALVARO ¡Sí! Hace bien quien por esas perlas divinas da cuanto posee; decís verdad, padre. *(Aparte)*, Se oye algaraza en el patio; los han traído ya.

P. FRANCIS. *(Alzándose)*. Yo siempre confié en vuestro buen amor, don Alvaro, y, así, no me queda ya más sino rogaros por la caridad de Cristo que con todo vuestro valimiento nos favorezcáis en esta empresa de tanta gloria suya. Lo haréis, ¿verdad don Alonso?

D. ALVARO Idos tranquilo, padre mío. Yo os lo prometo desde ahora, y os espero en Malaca a vos y al buen Diego Pereira con grande afán.

P. FRANCIS. *(Despidiéndose)*. Dios os lo pagará, Señor. *(Bruscamente irrumpe Duarte por el foro y corta tajante la conversación)*.

ESCENA VI

Dichos y DUARTE

DUARTE ¡Don Alvaro, el sargento de vuestra guardia ha prendido a dos cristianos!

D. ALVARO ¿Y para eso entras tan desconcertado, sin permiso del Padre Francisco?

DUARTE Entro para deciros que es mucho desafuero prender a nadie quien para ello no tiene encomienda del Rey, y que es necesario deshacer al punto ese entuerto.

D. ALVARO *(Con temor de que el Padre Francisco descubra todo antes de tiempo)*. Mi querido Duarte, estás cansado; hoy no has parado un instante. Toma, vete a refrigerar en el figón de maese Carvalho. *(Intenta darle unas monedas)*.

DUARTE Guarde ese dinero en buen hora el señor don Alvaro, y atienda la demanda mía. Es necesario que esos presos sean al punto en libertad.

D. ALVARO Por Cristo, escudero, que no entiendo ese lenguaje ni estoy acostumbrado a él.

DUARTE Pues no puedo decirlo más claro. Señor don Alvaro, vos aquí no sois más que un hidalgo portugués, y aunque tuvierais potestad, nunca para prender a dos inocentes.

P. FRANCIS. Hijo mío, si el señor don Alvaro los prendió, será porque hicieran desaguisado. *(Aparte)*. Me veo vendido.

DUARTE Padre Francisco, vos mejor que yo sabéis que esos dos presos son inocentes.

D. ALVARO *(Yendo, airado, hacia Duarte)*. ¡Fuera de aquí, canalla, deslenguado!

DUARTE Cuando acabe lo que tengo que decir. Padre, son inocentes, y porque mejor podáis certificaros, leed aqueste papel. *(Don Alvaro intenta arrebatar el papel, pero no lo consigue)*.

P. FRANCIS. *(Con dignidad que hace a Don Alvaro retroceder)*. ¡Teneos, señor! *(Lee; en su semblante irá pintándose el asombro, el horror, la amargura)*. ¿Qué es esto, señor? ¿Qué lazo vil es este que yo no puedo, que yo no quiero entender? ¿Qué quiere decir vuestro nombre al pie de estos renglones infamantes

D. ALVARO *(Aparte)*. Lo que importa es dar tiempo. *(Recoge el papel que le alarga el Padre, y lee como cosa desconocida)*. Eso es una trapacería más de ese bandido sin conciencia.

P. FRANCIS. *(Inquiriendo, terrible)*. ¡Duarte!...

DUARTE *(Se arrodilla, con vehemencia, a los pies del Padre).* Por lo que más amáis, padre, os suplico que bajéis sin demora y los veáis con vuestros propios ojos. Tal vez los estén matando ya.

P. FRANCIS. *(Duda aún).* ¡Dios mío! ¿Qué pesadilla es ésta?...

DUARTE *(Insiste más).* ¡Por ese Jesucristo crucificado, juro que es verdad! ¡Juro que ese es el papel que escribió cuando estaba aquí Kanna! ¡Juro que los quieren matar!

P. FRANCIS. ¡Pronto, Duarte!, ¿Dónde están? ¿Dónde estáis, hijos?... ¡Alfonso!... ¡Antonio!... *(Sale clamando, precedido de Duarte).*

ESCENA VII

DON ALVARO

D. ALVARO Para estas horas, con dos palmos de lengua cada uno. De seguro. Y al fin, ¿qué? Que se entere antes, o que lo sepa después, tanto da; gritará, me conjurará por todos los santos, me excomulgará. *(Con risa forzada).* ¡Já, já, já! Recursos de Sacristía. Es pólvora demasiado blanda para esta piel tan curtida. Ayúdeme Dios o el diablo, con tal de que yo consiga esta noche el collar, y desbarate el plan de Pereira. ¡Qué venganza! ¡Ánimo que todavía estamos en el comienzo del camino! *(Se para unos momentos en su paseo y queda como escuchando).* ¿A ver?... No se oye ningún ruido... Alguno sube aquí... Será él, que viene a pedir cuentas...

ESCENA VIII

D. ALVARO y el SARGENTO de su guardia

SARGENTO *(Entra precipitado).* ¡Señor, imposible cumplir vuestra orden!

D. ALVARO *(Corta vivo).* Pero ¡vive Cristo! ¿Aún no han muerto? *(Con furor).* ¿Qué habéis hecho, canallas?

SARGENTO Por hacerlo con secreto como mandasteis no pudimos apresurarnos más. Ya estaban con las sogas al cuello cuando han aparecido de súbito el Padre Francisco y Duarte. Y nadie se atrevió a dar un paso más allá.

D. ALVARO ¡¡Ira del infierno!! ¡Que los maten al punto, o al que se resista, lo cuelgo yo de una antena del navío!

SARGENTO Eso y más les amenacé, pero mientras esté ese Padre delante, es inútil.

D. ALVARO ¡Pues mátalos tú!

SARGENTO Imposible, señor. Duarte los defiende como un tigre y el P. Francisco...

D. ALVARO Por Satanás que tienen que morir. Los mataré yo mismo. ¡Dame esa espada, cobarde! *(Le arrebata la espada al Sargento. Ciego de rabia se abalanza a la puerta del foro, pero en ese instante asoma el P. Francisco, y detrás Alfonso (Visva Mithas) sin la soga; al mismo tiempo se escabulle el Sargento de la escena).*

ESCENA IX

(Esta escena ha de ser toda muy rápida).

Dichos, el P. FRANCISCO y ALFONSO (Visva M.). Luego DUARTE y KADILAH (Antonio de Santa Fe) y KANNA

D. ALVARO *(Da un empujón al P. Francisco pero no logra separarle de Alfonso).* ¡Fuera estorbos!

P. FRANCIS. Teneos allá. *(D. Alvaro da un paso atrás).*

D. ALVARO ¿Qué queréis? ¿A qué venís?

P. FRANCIS. A demandaros cuenta.

D. ALVARO Yo solo tengo que dar cuenta al Rey.

P. FRANCIS. Y por encima del Rey a Dios. Yo os la exijo en nombre de Dios.

D. ALVARO *(Vuelve a empujar al P. Francisco inútilmente).* ¡Ea, quitaos fuera!

P. FRANCIS. ¡Al cinto esa espada! Primero tendríais que atravesarme a mí.

ALFONSO Señor ¿qué os hicimos?

P. FRANCIS. Es vuestro hermano.

KANNA *(Saliendo por la lateral izquierda).* ¡Al perjuro! ¡Cumple lo que prometiste! *(Detrás de D. Alvaro le acosa con sus voces).*

D. ALVARO ¡Yo no tengo hermanos! *(Se lanza como una hiena y logra echar de un lado al P. Francisco de un empujón. Hunde la espada en el pecho de Alfonso).* ¡Ea! ¡Por fin!

ALFONSO *(Cayendo en brazos del P. Francisco).* ¡¡Jesús, Dios bueno!! *(Muere).*

P. FRANCIS. ¡¡Sangre de Cristo!! ¡¡Alfonso... hijo mío!! *(Se arrodilla con Alfonso en brazos).*

KANNA *(Feroz).* Ahora falta el otro.

D. ALVARO ¿Dónde está el otro? *(Asoma por el foro Duarte y detrás de él Antonio).*

DUARTE *(Con la espada desenvainada).* ¡¡Aquí!!

P. FRANCIS. *(Sollozando acerbísimo).* Mira, Duarte... *(Le muestra a Alfonso exánime).* ¡Defiéndemelo! *(Por Antonio).*

D. ALVARO *(Ciego ya).* ¡Quita de ahí!

DUARTE ¡Ladrón sin ley! Dá un paso más y habrás pasado a dar cuenta a Dios de tu alma negra!

ANTONIO ¡¡Padre mio!!

KANNA *(Acosándole por detrás).* Ea, acaba pronto. *(D. Alvaro intenta echarse sobre Duarte pero éste le detiene con un leve golpe de su espada).*

DUARTE ¡¡Atrévete conmigo!!

D. ALVARO *(Baja la espada con desaliento).* ¡Rabia de los infiernos! *(Aparte)* No me atrevo.

KANNA *(Marchándose con indiferencia por la izquierda).* ¡Todo inútil, amigo!

P. FRANCIS. *(Sin alzarse del suelo vuelve la cabeza hacia D. Alvaro. (Imponente)* ¡¡Caín!! ¿qué has hecho de tu hermano?

(La voz del santo queda vibrando como un anatema).

TELÓN

ACTO III

En Malaca, la reina del comercio de Oriente por los tiempos del santo. Adelantada en una lengua de tierra, sale al encuentro de todas las naves que vienen de Oriente y Occidente. Y en los inmensos almacenes de su puerto le van depositando todas el tributo de sus tesoros.

Amontonados en una profusión que deslumbra los ojos, encierra con los productos de las industrias de Europa, las sederías, porcelanas y lacas de China y Japón, el ámbar y sándalo del Archipiélago, el marfil de Socotora, las piedras preciosas de la India y de Ormuz, los tintes de Kahsmir, las armas, los tapices, las pieles de Persia, los perfumes exquisitos de Arabia... Tesoros fabulosos, tesoros sin fin. Para custodiarlos vigila en la fortaleza una guardia de quinientos soldados que a la vez amparan el estrecho contra la codicia de pueblos extraños. Capitán de este tercio, y gobernador de la rica plaza es D. Alvaro de Ataide, segundón de Vasco de Gama, el navegante conquistador.

Una pieza capaz en la factoría que tienen los mercaderes chinos, cabe los almacenes del puerto. Al fondo comunicará por una gran puerta abierta de par en par, y aún mejor por una serie de arcos, a una galería iluminada del sol, por la que se verá cruzar con mucha frecuencia a mercaderes y traficantes de toda raza y color: malayos aceitunados, chinos, coreanos, indios y portugueses, que departen de sus negocios. A la derecha otra puerta en comunicación con el almacén. La pieza es como una lonja de descanso que los chinos tienen para reclamo de sus productos, y estará decorada con el abigarramiento peculiar en todo almacén. Penden de los muros tapices de Hong-Kong y sedas magníficas. Hay muebles de todo tamaño y calidad, lacas, tibores de grandes pájaros y flores inverosímiles, etc.

ESCENA I

D. ALVARO y dos mercaderes chinos

Durante toda la escena van y vienen por los porches de afuera grupos de mercaderes.

D. ALVARO — *(Entrando por la puerta lateral con los dos chinos).* Os aseguro que no encontraréis quién puje más. Esos esmaltes vuestros han perdido ya la novedad de los primeros años. Son muy vistos en Europa. No os darán más por ellos. Creedme.

MERCA. 1.º — *(Con sonrisa ladina).* ¿No darán más? Pues nos los volvemos al país. Ciento veinte pardaos, no son dinero, señor. *(Entra por el foro con lentitud el Padre Francisco, todo absorto en la lectura*

de su breviario. Trae el rostro muy encendido de aquellos coloquios con su Dios. Acaba el rezo y se santigua devotísimo. Busca el asiento más humilde en un rincón y exclama):

P. FRANCIS. ¡Dame fuerza, Señor!

D. ALVARO *(Aparte, reparando en él).* Ya está ahí ese hombre; mi mal agüero. *(A los chinos).* ¿Persistís en hacer la subasta?

MERCA. 2.º Ahora mismo allí fuera. Nada perdemos con hacerla.

D. ALVARO Veo que estáis tercos. En fin, doy los ciento cincuenta pardaos. ¿Quedáis contentos?

MERCA. 1.º No rebajamos ni un fanao de los doscientos. *(Se oye en la galería un redoble de atambor, y todos los mercaderes que paseaban, cruzan corriendo en la misma dirección).*

MERCA. 2.º Ea, vamos, que ya empieza la subasta. *(Al gobernador con mucha calma).* Otra vez será, señor. *(Vánse los dos por el foro. D. Alvaro queda un instante pensativo y sale en seguida gritando):*

D. ALVARO ¡Van los doscientos pardaos! Vaya señores... a pocos negocios así... *(Su voz se habrá ido perdiendo alejada).*

ESCENA II

P. FRANCISCO, y a poco ANTONIO DE SANTA FE

P. FRANCIS. Ya volverá... Él suele pasarse aquí todo el día. Le esperaré aquí... *(Entra Antonio pausado y silencioso y se acerca poco a poco al Padre).* Además no sé por qué siente mi alma aquí un consuelo singular. Esto es de los mercaderes chinos, y viéndoles se me figura ya estar en la China entre aquellos mis hijos. ¿Cuándo se acabará esta perpetua zozobra y me veré para siempre entre ellos?

ANTONIO ¡Padre!... ¡Gracias a Dios que dí contigo! Me dijeron que te habían visto venir hacia aquí. *(Se hinca de rodillas y le besa las manos, aquellas manos exangües fatigadas de bendecir).*

P. FRANCIS. *(Con dulce reconvención).* Pero Antonio, ¿no te dije que no salieras de casa? ¿No ves que aquí te puede ver D. Alvaro? Vuélvete antes de que él venga.

ANTONIO Es que... yo quisiera que me dijeras si hoy mismo podremos ya embarcar. Como llegó ya el señor Diego Pereira...

P. FRANCIS. *(Triste).* Sí, ayer llegó. Todo el negocio de la embajada está dispuesto. No hace falta más sino que este D. Alvaro nos deje partir y sin embargo... ¡Dios mío! tengo el horrible presentimiento de que nos falta todo. Mas ¿porqué!... ¡No! Son cavilaciones de esta tristeza que me está matando.

ANTONIO Y para qué contar con ese...

P. FRANCIS. Es verdad. Nos separa de él un lago de sangre que aún está reciente. En vano esperé la reparación... Sólo tú, Señor, sabes el sacrificio que me es acercarme a él, pero es necesario y hoy mismo tiene que ser. Antonio vete antes de que él pueda volver.

ANTONIO Padre, ¿cómo te voy a dejar si estás tan triste?... Si yo te pudiera consolar...

P. FRANCIS. ¡Pobre mío! Tú eres todo mi consuelo. No sabes el consuelo que me dió el Señor cuando en aquella noche horrible te pude ver salvo. Gracias al fiel Duarte. ¿Le has visto hoy?

ANTONIO Sí; está con iguales ganas de embarcar, pero dice que no ha de ser sin estar antes con D. Alvaro.

P. FRANCIS. No; díle que desista de esa idea que no había de traer más que mal. Son muy apasionados los dos y está aún demasiado reciente aquel dolor. Vete enseguida a decirle que no se acerque por

acá, sino que me espere en nuestra posada.

ANTONIO ¿Pero he de dejarte solo?

P. FRANCIS. Vuélvete, te digo. Y si acaso vieras por el camino al señor Diego Pereira, díle que se llegue acá sin demora. *(Sale Antonio. El P. Francisco se levanta con una grande resolución)*. Sí, hoy tiene que ser, por fuerza. No cabe demorarlo más. *(Coge entre sus manos el Santo Crucifijo que lleva pendiente y exclama con arrebatada pasión)*. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Ayúdame... ¿Me hiciste Padre de tantas almas, sólo para padecer el martirio de ver cómo se condenan? ¡No, Dios mío! *(angustiadísimo)*. Toma mil veces mi sangre, pero que no se me condenen ellos.... Que acabe esta tortura.... ¡Soy su padre Señor! *(Aparece por el foro don Alvaro con aire satisfecho)*

ESCENA III

El P. FRANCISCO y don ALVARO

D. ALVARO ¡No hemos salido del todo mal! En Portugal valdránme cuatro veces su precio cuando menos.

P. FRANCIS. *(Adelanta hacia él sereno)*. ¡Señor Gobernador!

D. ALVARO *(Se turba repentinamente. Aparte* ¡Siempre mi sombra negra! *(al padre* ¡Ah! el padre Francisco. ¿Qué queréis

P. FRANCIS. *(Vacilando)* Quiero... *(al fin con firm grandeza)*. Nuestro Señor Jesucrist quiere que mañana mismo salga yo par la China.

D. ALVARO ¿Y eso teníais que decirme ahora?

P. FRANCIS. Sí, don Alvaro; ¿qué simpleza verdad ¡distraeros de vuestros graves neg cios para deciros tamaña simpleza¡ !A señor! aunque no me lo queráis cre

importa mucho más que todos esos negocios en que andáis metido.

D. ALVARO *(Desentendiéndose)*. Santo y bueno Reverendo. Mañana precisamente sale un junco de unos chinos en el que os podéis marchar. Yo os recomendaré a ellos que son mis amigos.

P. FRANCIS. *(Con sonrisa triste)*. Gracias por tanto, don Alvaro. No es embarcación lo que necesito.

D. ALVARO ¿Pués cómo pensáis hacer la travesía?

P. FRANCIS. En la nave del embajador Diego Pereira que acaba de llegar ayer tarde:

D. ALVARO ¿Qué decís? ¿en la nave de Diego Pereira?

P. FRANCIS. ¿Lo extrañáis? Os tengo hablado largamente de la empresa.

D. ALVARO Bien... sí; más adelante... Otro día hablaremos más despacio. Ahora me aguardan. No puedo detenerme más.

P. FRANCIS. *(En súplica)*. ¿Cuándo, señor?

D. ALVARO *(Displicente)*. Ya veremos... luego, más adelante.

P. FRANCIS. ¡No! Por fuerza habrá de ser hoy. *(Yendo tras él)*.

D. ALVARO Por Dios, dejadme que me están aguardando ahí. *(Váse por la puerta lateral que cierra con violencia)*.

P. FRANCIS. ¡Desgraciado! ¿Y tú no has hecho aún aguardar bastante a Dios? *(Se lleva las manos al pecho, desolado)*. Siento aquí una corazonada muy triste. ¡Codicia vil de los bienes caducos! ¡Cadena de oro de Satanás, a cuantos arrastras! *(Se sienta de nuevo y entra Antonio)*.

ESCENA IV

El P. FRANCISCO y ANTONIO

ANTONIO Padre Francisco... vengo a decirte que no encontré al Sr. Diego Pereira. *(Reparando en el semblante del Padre)*.

Pero, Padre, tienes muy mala traza. Por fuerza debes de estar enfermo y no me lo quieres decir. Te habrá hecho daño el sol ¿verdad? Este sol es tan crudo como el de la India.

P. FRANCIS. Hijo, si enciendes tú una pajuela y la sacas al sol del mediodía ¿te alumbrará su resplandor? No es ese sol el que me ha puesto enfermo aquí, *(palpándose el pecho con ansia)* hijo mío, tengo otro sol encendido que revienta por derramar su luz y su fuego en una tierra tenebrosa. Y como no lo dejan, todo su fuego se derrama por mí, y no lo puedo resistir. Palpa aquí Antonio. *(Entre abre su sotana por junto al pecho. Antonio se arrodilla y pone en él su mano)*. Este es mi mal.

ANTONIO *(Retirando rápido con espanto)*. ¡Cómo abrasa! Tienes muy grandes fiebres; vamos a casa en seguida; yo buscaré al físico.

P. FRANCIS. *(Sonríe triste)*. No tengas miedo, querido mío. Pídele a Nuestro Señor que te las dé a tí también. Y ahora vuelve a casa, obedéceme. *(Por el foro viene la noble figura del Sr. Diego Pereira. Lleva bajo el brazo una carpeta de grandes broches de plata)*.

ESCENA V

Dichos y DIEGO PEREIRA

P. FRANCIS. *(El P. Francisco se levanta con presura al encuentro de Pereira)*. Ya está aquí el Sr D. Diego. Adiós, Antonio. *(Bésale Antonio la mano y se va)*. ¡Al Sr. Diego de Pereira, Dios os trae! *(Se abrazan largo y estrecho)*. Os aguardaba con impaciencia. ¡Qué tristes nuevas desde que os marchasteis a Goa!

D. PEREIRA Todo lo sé, Padre. Contómelo Duarte. Y qué, ¿teméis algo nuevo de ese....?

P. FRANCIS. No le visteis todavía, ¿verdad?

D. PEREIRA Aquí venía en su busca. Hoy a primera hora subí al castillo a presentarle las cartas credenciales del Sr. Virrey y me dijeron que andaría por aquí.

P. FRANCIS. *(Quedo)* Sí... ahí anda...

D. PEREIRA Os pasa algo, Padre; estáis muy triste.

P. FRANCIS. Los tristes recuerdos..., los tristes pensamientos...

D. PEREIRA ¿Pero es que teméis algo más? ¡Por Dios, no me ocultéis nada!

P. FRANCIS. Ahí está. Vedle vos. No sé cómo os habrá de recibir.

D. PEREIRA Como no puede menos. Ante estas letras del Sr. Virrey tendrá que inclinarse. Allá voy. *(Suena grande algazara de gente que viene por la galería).*

P. FRANCIS. ¡Dios os escuche! *(Váse por la puerta lateral D. Pereira y al mismo tiempo aparece por el foro un tropel de indígenas malayos que llaman a voces descompasadas a su Padre Francisco. Son todos míseros. De lo más deleznable que tiene el vecindario de Malaca, y por todo vestido llevan sobre sus cuerpos aceitunados unas amplias telas, capaces como sábanas que dejan al descubierto los brazos achicharrados por la intemperie del sol. Guarecen su cabeza con unos sombrerotes de paja que tienen unas alas descomunales y feas).*

ESCENA VI

El P. FRANCISCO y el tropel de indígenas

TROPEL *(A voces).* ¡Padre! ¡Padre Francisco! ¡Padre! *(Se detienen temerosos a la puerta).*

P. FRANCIS. *(Va a su encuentro con mucho amor).* ¿Qué traéis, hijos míos?

MALAYO 1.° Padrecito, que te vas.

MALAYO 2.º Padrecito, no nos dejes.

MALAYO 3.º Nosotros no lo queremos. ¿Verdad que no te vas a los chinos?

P. FRANCIS. No gritéis, hijos, que está allí el señor Gobernador y puede salir y echarnos.

MALAYO 4.º Pues no te has de ir con los chinos.

MALAYO 1.º Tienen la cara amarilla, lo mismo que el dios malo.

MALAYO 3.º Y los ojos sin pestañas como la culebra.

MALAYO 5.º Y además nosotros te queremos mucho y te damos arroz.

P. FRANCIS. *(Inefablemente).* Por mucho que sea no será tanto como lo que os quiero yo. A todos os he bautizado y todos estáis aquí. *(Señala su pecho).* Pero mirad, hay todavía muchísimos que no saben nada de la gloria del cielo, ni del infierno, ni de Dios. Vosotros ya tenéis otros padres como yo para que os lleven por el buen camino, pero esos pobrecitos no. Y si yo no voy, a todos se los llevará el negro demonio.

MALAYO 5.º Sí, pero no te irás ¿verdad?

MALAYO 6.º Yo te he de dar un sombrero nuevo para que te tapes del sol.

MALAYO 4.º Y yo te estaba labrando un bastón de camino para espantar las fieras.

MALAYO 7.º Y nosotros mira lo que te traemos. *(Muestra una caja cerrada).* Con tal de que la lleves siempre contigo no podrá morderte ninguna serpiente. Ya verás. Fuera todos. *(Abren círculo todos, y se sienta en el suelo él, mientras otro malayo saca una flauta de caña. Al de la flauta).* Comienza ya. *(El de la flauta tocará un ritmo tristón sobre las notas invariables y el que está asentado, abre la caja de la que se erguirá al punto la cabeza de una serpiente que comenzará a balancearse somnoliente al son de la flauta. Al mismo tiempo comenzarán a recitar cada uno una palabra de las que siguen como un conjuro que les fuese familiar).*

Enrosca,
desenrosca
tu cola salida,
tu lengua partida. *(Todos)*
serpiente.

caliente.
Ojo de fuego
vuélvete ciego.
Luego, luego,
[luego, luego. *(Se oye*
[*ruido en la puerta lat.)*

P. FRANCIS. Ea, hijos, vamos fuera que viene el el señor Gobernador *(Al de la serpiente)*. Guarda eso.

MALAYO 7.º Ésta es para tí. Para que no te piquen las malas serpientes.

P. FRANCIS. Otras hay peores. *(Sale el padre con todos los indios por el foro).*

ESCENA VII

El GOBERNADOR y DIEGO PEREIRA

(Entran por la lateral)

D. ALVARO *(Con fastidio)*. Os digo y repito que ahora no tengo tiempo.

D. PEREIRA *(Lleva desdoblados en la mano unos pliegos de los que penden unos sellos de cera)*. Pero señor don Alvaro, si acabáis de ver las cartas del señor Virrey, ¿qué más necesitáis? Reparad que todo va en forma legal y que el asunto no puede ser más urgente.

D. ALVARO Además hay que hacer la visita de ronda en vuestra nao, y debéis esperar varios días a que os toque en turno.

D. PEREIRA Nada menos que eso, amigo. Soy embajador de su Alteza Fidelísima ante la corte de China y el navío de un embajador no está sujeto a esas aduanas.

D. ALVARO Sea como sea, vos no partiréis de aquí. Yo os necesito.

D. PEREIRA *(Con asombro)*. ¿Y con qué autoridad me detenéis?

D. ALVARO Con la mía.

D. PEREIRA *(Con grande dominio)*. D. Alvaro, otra vez os repito que penséis que estáis

hablando con un embajador de su Alteza.

D. ALVARO (*Cínico*). En este rincón tan apartado no hay otra Alteza que la mía, y como a mi Real Alteza le ha parecido que no conviene que paséis de aquí, vuestra embajada ha terminado en este punto y hora, señor mercader.

D. PEREIRA ¡Vive Dios que no resisto ya tanta insolencia! ¿Sabéis que estáis jugando en esta bufonada, más de lo que imagináis por ventura?

D. ALVARO ¿Me venís con bravatas? pues sabed que en los sótanos de mi castillo os tengo preparado muy lindo alojamiento.

D. PEREIRA (*Trémulo de indignación hecha mano a su espada. Reprímese al punto, con esfuerzo nobilísimo)* ¡No, por Cristo! ¡Ah padre Francisco, cómo he menester pensar en tí para mesurar mis manos! ¡olvidemos! (*Suplicante)* Don Alvaro, atended que todo esto no es más que negocio de la gloria de Dios que está ante todas las cosas.

D. ALVARO ¡Jé, jé! y ¡qué bien sabríais hacer de freire predicador! La lástima es que os conocemos y ya veis, el oficio de mercader que habéis llevado hasta aquí, no se compadece bien. (*Punzante)* Decid, en la China debe de haber por hacer muy buenos negocios, ¿eh?

D. PEREIRA (*Indignado ante la trapacería vil del gobernador y con muy grande altivez).* Dios es testigo que en todo este menester, no he dado un paso sino por su honra. Señor gobernador, en esa nave va toda mi hacienda. Cuanto tenía gasté en comprar magníficos regalos para el emperador. No me queda más ni un solo reis. Pero si a vos os duele las ganancias que en este viaje pudiera lograr, ahora mismo don Alvaro, os firmaré cédula en que os las cedo de antemano a vos ¡Venga pluma y papel!

D. ALVARO *(Aparte)*. ¡Cómo se defiende el muy taimado! *(Con regocijo)*. ¡Hola, hola! Si yo no decía tanto.

D. PEREIRA ¡Infame! ¡Traficante vil, por fin descubrís lo que sois! ¿Con que aquí vienen a parar todas vuestras demoras y añagazas? Y vuestro honor ¿dónde está? Y vuestra lealtad al Rey ¿dónde está? *(Terrible)*. Y cuando menos ¿dónde está el respeto que debéis al nombre de vuestro padre D. Vasco de Gama? ¡Ah, si el cuitado alzara de la tumba su cabeza honrada! ¡Con qué asco os repudiaría y clamaría ante todo Portugal que él no pudo engendrar ladrones, asesinos, traidores a la patria y a Dios!

D. ALVARO *(Repugnante de cinismo)*. Gritad más que es lo único que os queda. La gloria de mi finado padre, está de sobra afianzada para que estos pobres negocios míos, la hagan subir o bajar. Soy un pobre mercader como vos. Vos me habéis quitado varias veces las ganancias de las manos. Y ahora me toca a mí daros la lección. Os duele ¿verdad?, pues así os será de más provecho. Y os repito que para que la rumiéis con el debido sosiego vais a pasar en seguida a un precioso sótano que os tengo preparado en el castillo, donde nadie os molestará. *(Vuelve las espaldas y desaparece por la lateral derecha con una sonrisa infernal. Diego Pereira dobla la cabeza con abatimiento)*.

D. PEREIRA ¡Sólo lo siento por él!... ¡¡pobre Padre Francisco!!

ESCENA VIII

DIEGO PEREIRA y el P. FRANCISCO

(El Padre entra por el foro, pausado y triste. En esta escena y en la siguiente volverán a pasear los mercaderes por el pórtico del foro).

P. FRANCIS. Desde afuera os oí debatir muy fuerte.

D. PEREIRA En este mismo instante se acaba de marchar. *(Se esfuerza por hablar sereno).*

P. FRANCIS. *(Con ansiedad).* Y ¿qué? No, no me lo digas. Me lo están diciendo tus ojos y tu voz enronquecida.

D. PEREIRA ¡Nada! *(Desolado)* ¡Todo por tierra! El honor del Rey pisoteado... El honor de Dios... también. Y vuestros sueños. Padre.. sueños. Ese hombre es un traficante sin conciencia.

P. FRANCIS. *(Con la horrible amargura de quien siente caer sobre sí el peso de un gran dolor temido).* ¡Ay! ¡Me lo daba el corazón! *(Se echa en los brazos de su amigo en un arranque nobilísimo).* Y tú arruinado... ¡Diego, amigo mío!... ¡Te he arruinado yo!...

D. PEREIRA Díjome cuantas desvergüenzas se le ocurrieron. Él no quiere ver en todo más que un negocio mío y ha jurado ponerme preso y aun hundir mil veces mi barco antes que permitir paso a la embajada.

P. FRANCIS. *(Con súbita energía).* ¡¡Eso nunca!!

D. PEREIRA Dice que vos podéis partir cuando os plazca.

P. FRANCIS. Pero ¿no le dijiste que yo solo no puedo hacer nada?, ¿que solo no puedo entrar porque me matarán o me expulsarán en el mismo punto?; ¿que únicamente con esa embajada podrá entrar la ley de Dios?

D. PEREIRA Todo eso le dije y más, pero se ríe de la ley de Dios y de toda ley. Dice que un mercader no entiende de esas razones. Por la codicia de un collar mató a Alfonso, y por esa misma codicia sería capaz de vender su mismo gobierno a los enemigos del Rey.

P. FRANCIS. ¡Ay, amigo del alma!... ¿Porqué no tendrán todos los hombres el corazón como el tuyo y el mío? Tiénenlo muchos tan escondido que no se puede dar con él. ¡Jesús mío!, me llamas desde China hace muchos días y las codicias de los hombres me cierran el camino, y yo entre tanto, cautivo acá, me desgarro y me consumo en este afán de tu amor. Con esta ansia cada vez más grande me has traído hasta las puertas de mis hijos y ahora ¿me dejas aquí para que viéndoles morir con mis propios ojos sea doblado mi tormento? No me des -castigo tan horrible. Yo no te pido descanso ni galardón. ¡Sólo te pido almas! *(Cada vez con más pasión)*. ¡Almas en cuya sed me abraso! ¡Oigo sin cesar sus voces, traspásanme las entrañas y ese es mi horrible dolor! *(Volviéndose repentino a Diego en aquel desahogo de su mucho quebranto)*. Pero ¡Diego mío! perdóname este egoísmo de mi dolor que así me hace olvidar los dolores ajenos. Te he arruinado yo y ni siquiera me acordaba de darte consuelo. Así soy, Diego, de pecador e ingrato. Despréciame y huye de esta tierra maldita.

). PEREIRA ¿Huír, me decís, Padre?

'. FRANCIS. Huye, amigo del alma, porque el verte me acrecienta el dolor con el recuerdo de tu ruina... Huye... y no te acuerdes más de mí. Olvídame.

'. PEREIRA *(Emocionadísimo)* Por Dios, Padre, no me hagáis sufrir con vuestras palabras. ¿Cuántas veces os dije que todas mis cosas vuestras eran? Pues ved que lle-

gó la hora de demostrarlo y soy contento de que Dios me pida este sacrificio.

P. FRANCIS. *(Coge las manos de Pereira y sin que éste lo pueda evitar, las besa el Padre diciendo)* ¡Bienaventurado tú, que tienes corazón!

D. PEREIRA *(Retirando las manos)* Y al cabo, consolaos, Padre mío, grande campo os da Malaca para el celo de las almas.

P. FRANCIS. ¡No! Estos tienen quien les predique y les enseñe y les salve. Pero aquéllos.... *(Queda unos instantes sumido en la aflicción del recuerdo. Arrebatado por fin con la mirada en el crucifijo)* ¡No puedo tanto, Jesucristo Señor! Quítame la vida para tan fiero dolor. Pereira, ¿no se te abrasa a tí el alma? *(Engrandeciéndose por momentos)* ¿no te abrasa este fuego?

¿No te abrasa este fuego en que me [abraso yo?
(Suplicante a Don Alvaro como si estuviera presente) ¡Don Alvaro de Ataide, [no me lo niegues, no!
¡Mira cómo me aguardan — cientos, [cientos y cientos!
¡Mira cómo demandan el pan del alma, [hambrientos!
¿No escuchas cómo llega la voz de esas [montañas?
... ¡Ay, mísero Don Alvaro, tú no tie- [nes entrañas!...
¡Hijos que Dios me ha dado, hijos del [alma mía!
Mi vida es sin vosotros — una horrible [agonía...
(Con súbita resolución) ¡Oh, Dios! tan- [to martirio ha de acabarse hoy.
No espera más mi alma. ¡Pobres míos, [ya voy!
Puesta en Dios mi esperanza — comen- [zaré mi viaje;

Aunque todo este apóstrofe es muy exaltado, apártese del Santo todo ademán fingido declamatorio, artificioso. Que sólo palpite y haga extremecer en sus palabras la intensidad divina de su amor.

si nadie en sus navíos — me quiere dar
[pasaje,
las olas compasivas—me dejarán pasar.
¡Yo pasaré a pie enjuto — por en medio
[del mar!
Con el fuego que adentro de mis en-
[trañas llevo
sobre ese viejo imperio—levantaré uno
[nuevo
de almas de serafines, — llamas de fue-
[go y luz,
y sobre tanta llama — tu cruz, Señor,
[tu cruz.
Entonces será el grande reino del sol
[naciente,
todos los viejos pueblos — mirarán ha-
[cia Oriente,
dirán: ¿de dónde sale — ese gran res-
[plandor?
es un imperio que arde — en un volcán
[de amor...
Volcán de amor de Cristo — que hoy
[encierra mi pecho,
mi pecho se deshace... — es mezquino...
[es estrecho
y hasta mis mismos huesos — me los
[devora ya.
¡Cristo, amor de mi alma, — llévame
[pronto allá...! *(Fatigado y suspenso
unos instantes vuelve a su desolación)*
... Mas si por mis pecados, — ¡ay! ho-
[rrible dolor
Tú no quisieras darme — tanta dicha,
[Señor
que hoy mismo este volcán — del cora-
[zón reviente,
y que todas las gotas — de mi sangre
[caliente,
caigan sobre la China — como lava en-
[cendida.
Que ellas lleven las ansias — postreras
[de mi vida...
Allá donde cayeren, — todo lo encen-
[derán...

¡¡Señor... Señor... Señor... Mira este [gran volcán!!
(De un ímpetu se desabrochará la sotana junto al pecho, y permanecerá unos momentos en ese ademán extático con que se le ve en las más viejas pinturas).

D. PEREIRA *(Cayendo de rodillas con una emoción profunda).* ¿Quién siente desventuras temporales ante tan ciego amor? ¡Quítame todo, Dios, con tal que no me apartes de este Serafín! *(Aquí pueden comenzar a pasear por fuera los mercaderes).*

P. FRANCIS. *(Como quien sale de un sueño tumultuoso).* ¡Pereira! *(Se alza Pereira rápido).* ¿Qué hacías de rodillas? *(Volviendo al recuerdo doloroso).* ¡Ah, mi querido Diego, te he arruinado yo con mi locura! Vete, vete.

D. PEREIRA Padre, por Dios, déjame estar contigo.

P. FRANCIS. No; vete. El verte acrecienta mi angustia acordándome que yo te empobrecí. Tengo que esconderme para que no me vean los hombres con las lágrimas en los ojos y me acusen de que yo te perdí. Vete, Pereira, ¿no ves cómo sufro?

D. PEREIRA *(Se retira. Aparte).* Sí; yo también me escondo, porque no puedo más. *(Queda el P. Francisco un instante solo en el escenario. No habla nada. Tiene el crucifijo entre sus manos y solloza fuertemente contemplándole, como si contemplara su misma esperanza rota).*

ESCENA IX

El P. FRANCISCO y DUARTE

DUARTE *(Entra por el foro apresurado y violento. Se queda suspenso viendo llorar al P. Francisco. Con ruda nobleza).* ¿Qué es esto? ¿Padre, porqué estás llorando?

P. FRANCIS. *(Procurando serenarse)*. ¡Ah, Duarte! ¿Tú aquí? ¿No te ha dicho Antonio de mi parte que no te acercaras por estos sitios?

DUARTE Díjomelo, y ese mismo recado me trajo con más apresuramiento. Dábame Dios que hoy habían de pasar cosas muy tristes. Qué, ¿no embarcamos esta tarde?

P. FRANCIS. Hijo, ¿no ves estas lágrimas? *(Se paran a mirar dos o tres de los que pasean por fuera admirados de ver llorar al P. Francisco)*.

DUARTE *(Fiero)*. ¡Malpocado quien te las hizo derramar! ¡Ese hombre ha de llorar sangre!

P. FRANCIS. Déjame que llore sin consuelo. Son las lágrimas de un padre a quien se le están muriendo todos los hijos sin poderles valer. *(Poco a poco se habrán ido añadiendo nuevos curiosos hasta formar un grupo)*.

DUARTE ¡Sí podrás, Padre; yo te lo juro! Te lo juro por todo el pecado de la mala vida que con ese hombre viví y que he jurado reparar. *(Bajando la voz suplicante)*. Padre Francisco, no llores, que te están mirando.

P. FRANCIS. *(Erguido con sublime grandeza)*. ¡Que me vean! Que sepa todo Malaca que lloro por mis hijos perdidos. Dios me dió hijos más que las estrellas, y se me pierden todos sin remedio. ¿Cómo no he de llorar? *(Irá avanzando hacia el foro poco a poco)*. ¡Oh, Señor!, cuando hace años camino de Portugal pasé por última vez por aquellas montañas de mi tierra, allá quedaba en el fondo el castillo de Xavier, el rincón de los míos, donde mi santa madre me enseñó tu Amor. Allá quedaba Navarra la santa tierra de mi raza, invadida, destrozada... y mis ojos no lloraron. Y ahora, lloro, por mis hijos de China, como llo-

raste Tú, Señor, por los tuyos de Jerusalén. *(Las últimas palabras las habrá dicho en el mismo dintel. Los mercaderes le abren paso con respeto y desaparecen).*

DUARTE — *(Se limpia una lágrima).* ¡Esto es corazón, Dios! ¡Si hasta yo mismo de estar a su lado, comienzo a sentir también que tengo algo aquí adentro. *(Golpéase el pecho).*

ESCENA X

DUARTE y D. ALVARO

(Entra D. Alvaro por la puerta lateral).

D. ALVARO — *(Respirando de satisfacción).* Ya se fué.

DUARTE — Ya se fué, pero quedo yo.

D. ALVARO — Y tú ¿qué quieres, bergante?

DUARTE — Deciros que esta es la primera vez en toda mi vida de hombre, que lloran mis ojos fieros.

D. ALVARO — ¡Pues sí que es acontecimiento! Vamos a mandar que se disparen salvas.

DUARTE — *(Arrimándose vehemente hasta la misma cara de D. Alvaro. Este retrocederá con temor).* ¡Sí que es acontecimiento de raro ejemplo, ver destrozado sin piedad un corazón como el de ese santazo que allí va arrastrando sus penas, cuando todos debiéramos andar de rodillas besando el polvo que pisa!

D. ALVARO — ¡Penas de loco!

DUARTE — Tened esa lengua ¡vive Dios! ¡Penas de loco porque no son por el dinero vil, porque ni siquiera son suyas, porque son penas de Dios! Sí que es locura ¡vive Cristo! que sólo la puede tener quien como él no es todo más que un pedazo del corazón de Dios! Y por

eso quien se atreve a hacer con él, lo que nunca osaron ni los bárbaros de estas tierras, ni los mismos tigres de la India, no es cristiano, ni es hombre. Y por eso *(con gran fiereza)* yo, he venido a decirte a tí, Alvaro de Ataide, que tú eres... ¡perro: no!; ¡peor aún...! ¡¡raposa!!

D. ALVARO *(Lívido de ira pero sin atreverse a castigarle)*. De la misma camada que tú.

DUARTE Poco a poco. Aún no he descendido tanto, que no pueda yo, tu viejo escudero, escupirte por encima del hombro.

D. ALVARO *(Trémulo)*. ¿Te has olvidado que fuí tu amo? ¿Y que soy el dueño de la tierra que pisas y del aire que respiras? ¿Y que en el Castillo me sobran calabozos para los traidores como tú?

DUARTE ¡Pero que sigues siendo peor cada vez y más infame! ¡Mi amo que me hacía ganar el pan a costa de iniquidad! ¡El dueño de este gobierno, sí, a costa de la lealtad al Rey! Pero ya se acabó todo en este punto, tu señorío y tu gobierno porque aquí va a acabar tu vida.

D. ALVARO *(Aparentando una altanería tardía, y que no va bien con su azoramiento)*. Por Cristo que no voy a sufrir más desvergüenzas. Da gracias a mi paciencia que te aguantó hasta ahora.

DUARTE Tu paciencia es cobardía que sólo se atreve a poner sus manos en la sangre de los indefensos y en el caudal de los desesperados. Mas porque ni a esto te acojas, saca esa espada ahora mismo.

D. ALVARO *(Con fingida altivez)*. ¿Yo medir mis armas contigo?

DUARTE Sí; somos de la misma camada, te digo yo ahora. ¡Saca esa espada, cobarde! o en este mismo almacén te degüello como a una res. *(D. Alvaro intenta salir, llamar)*. ¡No sales de aquí! *(Cerrándole el paso)*. Y si intentas gritar, en el mismo instante mueres.

D. ALVARO (*A la desesperada*). ¡Ea, pues, veamos! (*Desenvaina y se apresta*).

DUARTE Así te quiero. (*Mirándole de arriba abajo con terrible calma, apoya las dos manos sobre su espada desnuda*). Con que ¿eres tú el que ha jurado encarcelar al señor Diego Pereira y apoderarse de su navío, y deshacer la embajada? ¡Con esta espada (*la blande*) que tan de rufián ha sido teniéndote a tí por Señor, te he de atravesar de parte a parte!

D. ALVARO (*Se arroja furioso sobre Duarte*). ¡Por Satanás y todo el infierno!

DUARTE (*Le da un golpe en el brazo que le hace soltar la espada*). ¡Aguarda! (*D. Alvaro recoge del suelo el arma lívido de vergüenza*). Y como aun estando tan mancillada y vil, se ha de ensuciar con tu sangre, atada a tu cuerpo la he de arrojar al mar. ¡Que se hunda allí contigo lo único que me quedaba de tu iniquidad! ¡Pronto ya! ¡¡ea!! (*Alzan las espadas y se acometen, pero en el mismo instante aparece en el dintel el Padre Francisco*).

ESCENA XI

Dichos y el P. FRANCISCO

P. FRANCIS. ¡Paz de Dios, hermanos! (*Se interpone entre los dos*).

DUARTE (*Con rabia*). ¡Por Dios, Padre!, deja que le remate ahora que le tengo.

P. FRANCIS. Nunca. Es tu hermano.

DUARTE Eso mismo le dijisteis a él; y él mató a Alfonso. Es un lobo. Déjamelo.

P. FRANCIS. Hay que perdonar. Hay que olvidar.

DUARTE ¿Y olvidarás también que es el que te cierra el camino de China?

P. FRANCIS. También. No se puede ir allá por caminos torcidos. Si el comienzo de nuestra

jornada había de ser un charco de sangre, nunca se haga.

DUARTE *(Con despecho y rabia).* ¡Dios de Dios! ¡Pero Padre...!

P. FRANCIS. Hijo mío. Él proveerá. Y ahora tú, vuélvete a casa. Te lo mando, ¿oyes? Déjanos solos a D. Alvaro y a mí.

DUARTE *(Aún se resiste).* Pero Padre...

P. FRANCIS. *(Severo).* Obedéceme.

DUARTE *(Con dolor de soltar la presa segura).* ¡Padre San Francisco, te obedeceré! *(Bésale de rodillas la mano y se va).*

ESCENA XII

El P. FRANCISCO y don ALVARO

P. FRANCIS. ¡Don Alvaro...! Y ahora ¿tampoco me querréis escuchar?

D. ALVARO *(Avergonzado).* Sí, Padre, pero es que estoy tan deprisa...

P. FRANCIS. ¡Oh! no temáis. Acabo enseguida. Vengo nada más a contaros una historia muy breve pero muy triste.

D. ALVARO *(Rabia. Aparte)* ¡Cuándo me veré libre de toda esta gente!

P. FRANCIS. Había un joven de linaje real, criado en el regalo de una familia opulenta. Prefirió en su mocedad las letras a las armas, y acabó sus estudios de Humanidades y Filosofía en la Universidad de Sorbona, la más famosa del mundo. Prendáronse de él los profesores, y con ánimo de hacerle presto un lugar en aquel senado de sabios, le dieron la encomienda de una cátedra muy honrada. Estaba el joven aquel en la aurora de una vida magnífica: Su casa le daba riquezas y una prosapia esclarecida, el mundo comenzaba a rendirle el aroma de los honores más preciados. Y aquel hombre en el bullicio de tanta prosperidad escuchó un día una voz misterio-

sa que le llamaba, y lo dejó todo por seguir la voz. Dejaba honores, riquezas, deudos, su claro linaje, su misma Patria. La voz era de Cristo que le mandaba ir a unas tierras del Oriente remoto, para enseñar a unas gentes bárbaras su nombre y su Cruz.

El misionero consumó el sacrificio y partió. Era su misión tan noble y grande que el Papa antes de partir le estrechó conmovido y le bendijo, y le bendijeron los Reyes de la Cristiandad y todas las gentes que le veían le abrían paso sollozando.

D. ALVARO Perdonad, Padre, pero no veo...

P. FRANCIS. Lo veréis en seguida, ya termino. El misionero aquel se dió a la mar, dichoso porque le llamaba Dios y anhelando llegar al cabo de su viaje. ¡Qué grandes eran sus esperanzas! ¿Quién se había de oponer al paso de Jesucristo? Ya llegaba... Sólo le separaban de aquellos hijos que Dios le daba unas millas de mar. Pero ¿qué era esto para el que en su busca había navegado tantos años por los mares más revueltos, y en medio de todos los peligros? Ya escuchaba las voces de sus nuevos hijos allí... al otro lado... a unas millas. Ya les tendía los brazos y he aquí que un hombre.....

D. ALVARO *(Con turbación)*. Bien, pero... ¿a dónde vais con esa historia?

P. FRANCIS. *(Con igual vehemencia)*. Un cristiano...

D. ALVARO Os digo que no voy a tener tiempo para escucharos más.

P. FRANCIS. *(Con súbita energía)*. ¡D. Alvaro, miradme a la cara! *(D. Alvaro baja rápido los ojos mientras el cuerpo del P. Francisco se yergue con la grandeza de la santidad)*. ¡Miradme a los ojos!.. ¿Porqué no os atrevéis? ¿Sois vos acaso? ¿Sois vos el que se alza entre el misionero y sus hijos y le arrebata la hacien

da de Jesucristo? *(D. Alvaro tiembla subyugado del todo ante tan terrible juez).*

D. ALVARO *(Confuso como un reo).* No... yo soy un pobre mercader.

P. FRANCIS. *(Con alborozo).* ¡Ah! si lo decía yo que no podía ser, que eso sólo lo haría Satanás. *(Conmovedor).* Sois un pobre mercader arrepentido de sus extravíos pasados. ¡Sí, D. Alvaro! ¿verdad que me dejaréis partir hoy mismo para China?

D. ALVARO Sí, Padre, sí, ya os tengo dicho que sí... que mañana mismo si queréis sale un junco...

P. FRANCIS. *(El gozo le impide oir las últimas palabras).* ¡Gracias, Sr. D. Alvaro! ¡Qué bueno sois! Corro a decírselo a Diego Pereira, mi pobre amigo. Sin duda él no os oyó también como yo, y está muy afligido, creyendo que estorbáis la embajada. Si en algo os ofendieron sus palabras achacadlo a su amargura; estaba tan desconsolado... ¿Le perdonáis verdad?

D. ALVARO *(Comprometido sin saber cómo decir).* Es que... me habéis entendido mal...

P. FRANCIS. ¡Ah! ¿fuísteis vos quien se mostró duro con él? No importa. Es tan generoso Diego que yo os prometo su perdón desde ahora.

D. ALVARO No... no es eso. *(Aparte).* ¿Cómo lo diré? *(Al Padre).* Quiero decir que vos sí... cuando queráis, pero el Sr. Diego Pereira... no puede ir allá. *(El P. Francisco se le queda mirando fijo y mudo. Hay unos instantes de terrible silencio).*

P. FRANCIS. *(Con una calma imponente).* ¿Y quién se lo impide si se lo manda Dios?

D. ALVARO El Rey Nuestro Señor para cuyo servicio le necesito aquí.

P. FRANCIS. El Rey le manda que lleve a China la embajada, y que no se demore. Bien lo sabéis, D. Alvaro. Y quien mintiendo

servicio del Rey impide el servicio de la gloria de Dios, es dos veces traidor, a su Dios y a su Rey.

D. ALVARO *(Descubriéndose ya con desvergüenza).* Además Diego Pereira es mi enemigo y necesito vengarme de él.

P. FRANCIS. *(Suspenso ante esta razón).* ¡Oh! si eso es verdad no os faltarán ocasiones de vengaros. Pero ahora, Señor, no estorbéis a tanta gloria de Dios.

D. ALVARO El me estorbó a mí los negocios siempre que pudo. Yo ahora no miro más sino a estorbarle un buen negocio. Por eso vos podéis ir enhorabuena.

P. FRANCIS. ¿Pero no veis que eso es mandarme a China atado y amordazado? ¿Que sin la embajada de Pereira ni yo podré entrar en aquel país, ni mucho menos predicar ni bautizar? ¡Oh! ¡No lo haréis por Jesucristo crucificado!

D. ALVARO Yo no hago sino vengarme. Lo demás no es de mi cargo. Allá os arreglaréis.

P. FRANCIS. *(Con tremenda indignación).* ¿Cómo que no es de vuestro cargo? ¿Pues a qué os envió acá antes que nada el Cristianísimo Rey de Portugal don Juan III? Y además, D. Alvaro de mi vida, ¿no sois cristiano? ¿Nunca escuchasteis la voz de Jesucristo clavado en la Cruz? ¡Aquí lo tenéis! *(Muestra el crucifijo).* Miradle, señor. Por estas cinco llagas está derramando toda su sangre, toda su vida. ¿Y sabéis por quién? Por ellos, por esos pobrecitos que se pierden si yo no voy. Y ahora *(vehementísimo)* no me lo digáis a mí, decídselo a Él, que os gozáis en hacer que su pasión y su Cruz sean baldías. Decidle que es en vano que Él se levante sobre la Cruz para llamar al mundo, porque vos os pondréis delante y estorbaréis su voz.

D. ALVARO Yo no impido a Dios...

P. Francis. Vos estorbáis el fruto de la sangre de Dios, y ¡ay de vos, infeliz, si un día cansado Jesucristo, arroja un puñado de esa sangre sobre vuestra cabeza sacrílega! Una vez cayó así sobre una raza maldita, y hoy son ya mil y quinientos años que los judíos arrastran su maldición por el mundo y la arrastrarán hasta el fin de los siglos. Dispersos por todos los pueblos, todos se apartan de ellos y les escupen con horror. ¡Es el estigma de la sangre de Dios! ¡D. Alvaro de Ataide, que no caiga así sobre vuestra frente! *(Aquí se oye el lejano atambor que sonó al principio del acto, para la subasta, y en seguida muchedumbre de voces que se apagan presto).*

D. Alvaro Si yo no impido a Dios..... si yo no te quiero impedir nada..... pero..... Pereira.....

P. Francis. *(Con fervor radiante).* Perdón para Diego Pereira... Mirad, señor, por esta empresa de China, Jesucristo da toda su sangre, y vos ¿no le daréis a Él el perdón de vuestra ofensa? Por muy grande que haya sido ponedla a los pies ensangrentados de Cristo y ved si queda algo de ella. Demos todos algo por esa caridad de Cristo. Yo, como ninguna cosa me queda ya en este mundo, le doy mi vida, mi sangre de pecador. Diego Pereira toda su hacienda. Dad algo vos también para que todos tengamos parte en la gloria inmortal que Dios nos guarda. *(Anhelante se irá acercando más y más a D. Alvaro. Este se repliega sombrío).* ¿Dais el perdón, señor? ¿Verdad que sí?

Voz lejana *(En la subasta).* ¡Yo doy trescientos pardaos...!

Otra Cinco más doy yo.

Otra Van trescientos veinte.

D. ALVARO (*Repentino*). ¡¡No!! ¡A la subasta! ¡Dejadme! *(Se lanza hacia el foro pero le detiene el P. Francisco)*.

P. FRANCIS. ¡Por la caridad de ese Divino Señor, decid antes que sí...!

D. ALVARO (*Intenta separarle*). ¡Dejadme, os digo!

P. FRANCIS. *(Con el acento trágico de quien apela a una última esperanza)*. ¡Por vuestra madre querida! ¿os vive aún, señor?

D. ALVARO *(Conmovido un instante por la piedad del recuerdo)*. ¡Sí, vive...! ¡oh, la pobre...!

P. FRANCIS. *(Con ansia)*. Por ella, por vuestra santa madre que os enseñó a amar a Cristo y que estará penando por vos en aquella lejanía.

D. ALVARO Bien... pero ¿qué queréis?

P. FRANCIS. ¡Una palabra sólo! ¿Dejáis?

UNA VOZ ¡Un collar de la India! ¡Trescientas perlas!

D. ALVARO ¡Ah, un collar...! Aquel collar...

P. FRANCIS. *(Cae de rodillas ante D. Alvaro)*. ¡¡Una palabra!!

UNA VOZ ¡Cinco mil pardaos!

D. ALVARO ¡No! ¡¡No!! *(De un fuerte empujón logra hacerse camino y se lanza afuera)*. ¡El collar...! ¡La China...! ¡¡Todo para mí!!

P. FRANCIS. *(Le tiende los brazos)*. ¡¡Señor!!

ESCENA XIII

P. FRANCISCO

(Con el crucifijo entre las manos permanece el P. Francisco mudo de dolor, y en los primeros instantes no puede cosa más que sollozar con una vehemencia que parte las entrañas. Césale el llanto y comienza su lamentación en un coloquio abrasado con Cristo Jesús).

P. FRANCIS. Me he ensañado contra él, y siento que no ha sido él... ¡Ay! ¡Siento que son mis pecados! ¡Necio de mí! ¡Soberbia de mi carne pecadora, llegar a creerme de que Tú, Señor, me eligieras para lo que solamente elegiste a tus doce

Apóstoles! ¡Yo, nuevo San Pablo y hecho una sentina de pecados! ¿Pues hay orgullo mayor de esta alma vil? ¡Ay! No es don Alvaro, es el ejército de mis pecados el que levanta la muralla en el camino. ¡Por mí se pierden, Dios mío...! *(Baja desfallecido el brazo en que sostiene el Santo Cristo, y aparta de él su rostro con una amarguísima desolación)*. ¡Apártate Amor de mi alma! ¡Yo no me atrevo a mirarte.....! Y ahora... ¿a dónde iré sin Tí...? ¡Oh! ¡¡yo no puedo vivir más.....!! Todo lo abandoné por Tí, divino Salvador, hasta la dulce caridad de mis hermanos de religión, por venir a buscarte almas en estas tierras desamparadas... y ahora... mis pecados me apartan de Tí... Señor... luz de mi alma ¿Tú también me vas a desamparar? Vete, Señor, pero díme antes a dónde me he de volver, y díme qué he de hacer con este fuego que me abrasa el alma... ¡que yo encendí para abrasar todo el mundo...! ¡Estrellas del cielo por donde me miraban sus santos ojos, apagaos. Ya no veré a mi divino Amor! ¡Voces de las aves, y de las montañas y de las olas del mar, ya no me repetiréis más las palabras que El os decía para mí...! Y pues de nada me sirven ya, quítame, Señor, los ojos y déjame ciego, sordo, mudo y quítame esta vida que es un martirio sin Tí... *(Comenzará a entenebrecerse la estancia)*. ¡Ay...! la vista se me anubla... me faltan las fuerzas... *(Desfallecido busca un sostén y dá varios pasos vacilantes. Se apoya por fin en un gran tibor y quedará cerca del proscenio a la derecha)*. ¡Jesús...! *(Se ha oscurecido ya. Con inefable dulzura)*. ¿Es que me quieres llevar ya? *(Rápidamente desaparecerá el telón de fondo y en su lugar surgirá el paisaje*

agreste y descarnado de las montañas de Xavier. El castillo se verá en el rincón izquierdo. Hecha la mutación con la mayor rapidez, comenzará a iluminarse el paisaje. Pero... *(mirando con indecible estupor).* ¿Qué veo? ¿Dónde estoy?... esos montes

... esos montes... esa sierra
esos bosques... ese río...
¿Si será que mi alma yerra
en el postrer desvarío?...
Pero esos montes, ¡Dios mío!
¡esa es mi tierra!... ¡¡mi tierra!!

¡Oh! ¡el Castillo!... dulce hogar
de mi familia perdida... *(Contempla embebecido. Entre tanto vuelve a oscurecerse todo, y aparece otro fondo muy borroso e impreciso de tonos casi negros. Se adivinará una arquitectura de capilla. Pero todo ha de ser como impalpable y fantástico. En el ángulo izquierdo se destacará una mancha roja y muy grande en forma de Cruz que se irá iluminando, pero de modo que dejando el escenario sombrío, envuelva toda la figura del santo en un rojo resplandor. Todo sucederá gradualmente de suerte que dé tiempo de ir diciendo los versos correspondientes. De no poder verificarse el truco con la debida limpieza será preferible que se suponga todo el pasaje, entre los bastidores de izquierda, limitándose en tal caso a oscurecer el escenario, e iluminar solamente la figura del santo con muy viva luz. Las formas borrosas y como impalpables de la decoración y sobre todo del Crucifijo darán la sensación de sobrenaturalidad).*
¡oh! la capilla... el altar...
¿qué quieres sombra querida?
vienes a henchir sin medida
la amargura de este mar?...

... ¡Si estás tú también allí,
mi Señor Crucificado!...
¡Si ese es tu rostro agobiado!...
¡Si me estás mirando a mí!
¡Divino Crucificado
a cuyo amparo viví!
¿Qué quieres?, ¿qué quieres? Dí.

... Señor, si de tanto duelo
tú mi logro no has de ser,
no me des otro consuelo,
fuera de tí nada anhelo
ni el castillo de Xavier...
ni las delicias del cielo...
. . . . *(Aquí se ilumina la cruz del fondo con el rojo resplandor)* ...¡Oh, qué extraño res-
[plandor!
¡qué desusada congoja!...
(Con grande espanto). ¡¡Cielos!! ¡San-
[gre! ¡Sangre roja!
¡¡Sangre de mi Redentor!!
¿Qué nuevo y fiero dolor
tu Sangre del Cuerpo arroja
con tan prolijo sudor?
(Con inmenso pasmo). ¿Tú sudar San-
[gre Señor? *(Queda extático un instante en la contemplación del prodigio).* (1)
. . . .

... ¡Dime qué tienes, Amor! *(Pausa).*
... ¡Ay! es que oyes los balidos
que llegan hasta tus pies
de aquellos rebaños idos
en pos del lobo montés!
¡Ay! Son mis hijos queridos
esos, Jesús que Tú ves
perdidos mi Amor... perdidos...

---

(1) Aludo en este pasaje a la tradición que persiste todavía del sudor de sangre que sudó el milagroso Cristo agonizante de la Capilla del Castillo de Xavier, los viernes del último año de la vida del Santo.

(Amarguísimo). No hay quien trabaje la
[mies.
Nada importa a mis hermanos
que se pierdan tus ovejas
en estos reinos lejanos.
Ellos no entienden tus quejas...
¡Ves que tus ayes son vanos
y triste, agobiado, dejas
que esa Sangre de tus manos
vuelva las piedras bermejas! *(Tras un momento de pausa se alzará en un arranque soberano).*
¡No más perder con dolor
toda tu Sangre divina!
¡Yo la recojo, Señor!
Con prenda de ese valor
mi alma andará peregrina
por donde quiera tu Amor... *(En pausa y como escuchando algo lejano).*
¡Otra vez oigo el clamor!...
(Radiante). ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Es la
[China! *(La figura del santo se iluminará aquí con un nimbo deslumbrador, y así proseguirá hasta el fin, gigante, sublimísimo).*
Ya voy, hijos míos,—los que Dios me
[diera
ya voy que no sufre—mi alma más es-
[pera
¡salid a los muros—de todos los puer-
[tos!
lleva vuestro padre—los brazos abier-
[tos...
¡Salid a las playas!—y todas las aves
os dirán que vienen—que vienen las
[naves
y cuando de lejos—diviséis sus quillas
¡hijos de mi alma—hincad las rodillas!
Llega a vuestro Imperio—su Grande
[Señor
la Sangre de Cristo—¡¡mi volcán de
[Amor!!...
... ¿Qué más pedir Señor, si vas con-
[migo?

¿Si mientras por tu gloria me fatigo
mi corazón presiente
que Tú entre tanto de la Cruz pen-
[diente
estás sudando Sangre por mi amor?
¿Qué más premio, Señor?
Los hombres me han dejado
de todo su favor desamparado,
mas ¿qué importa si amor basta a quien
[ama,
y yo, Señor *(inefabilísimo)* ..y yo, soy
[una llama?
No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el
[verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu Amor en tal ma-
[nera,
que aunque no hubiera cielo, yo te
[amara,
y aunque no hubiera infierno te te-
[miera...
No me tienes que dar porque te quiera
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera!!

TELÓN

EPÍLOGO

Estas escenas postreras son en la isla de Sanchón (Chang-Tchouan, o San-Choao). Son las llamaradas últimas del volcán. Las palabras del Santo tienen ya todas un hálito encendido por aquel horno de su pecho que es un ascua sin fin.

A través de los siglos levantan aún con igual bravura en quien las commemora, un torbellino de llamas heroicas. ¡Sanchón, glorioso nombre! En tus playas yermas se consumó uno de los más grandes sacrificios que vió el mundo después del de el Calvario. ¿Quién lo sabrá contar?

Era en los tiempos de San Xavier la isla aquella, un paraje deshabitado e ingrato a donde sólo el afán del lucro, pudo llevar a los más osados navegantes, que desde allí atalayaban el comercio de la China hermética. Mirando al continente se abre la bahía donde el Santo vivió los tres últimos meses en un perpetuo afán de amor.

Esta será la decoración sencilla del tablado. En el telón de fondo una punta de la bahía se adelantará hacia el mar lejano. El mar se supondrá a la izquierda del espectador. Nada de vegetación ni de accesorios que distraigan los ojos de la sublime figura del Santo que va a morir. Playa desolada y estéril y a la derecha una piedra grande saliente de la arena donde se recostará en sus postrimerías.

ESCENA I

(Sentados junto a la roca, dos pescadores acaban de aderezar sus trabajos de pesca).

PESCADOR 1.º *(Levantándose)*. ¿Están ya listas tus re-
PESCADOR 2.º En este instante estarán. [des?
PESCADOR 1.º *(Recoge lo suyo)*. Ea, pues sin mas de-
ahora mismo a embarcar. [mora
PESCADOR 2.º ¿No vendrá el Padre Francisco?
PESCADOR 1.º Ya le aguardamos de más.
Y no admiten nueva espera
las amenazas del mar.
PESCADOR 2.º Verdad que fué recia noche.
PESCADOR 1.º No hay memoria de otra igual.
Los navíos portugueses
también hoy piensan levar.
PESCADOR 2.º ¿Y el que llegó amanecido?
PESCADOR 1.º ¿Vístele tú cómo está?
Ese cuitado, por fuerza
aquí tendrá que invernar.
Tiene la prora partida
de un bajío de coral.
Le dejan sus tripulantes
y hoy se van con los demás.

PESCADOR 2.º Pero ese pobre extranjero...
PESCADOR 1.º No es por mala voluntad
pero esperarle más tiempo
es ponerse a naufragar.
PESCADOR 2.º Sí, fuerza es volver a tierra
aprovechando esta paz. *(Mirando*
Mira quién viene [*hacia el mar)*
PESCADOR 1.º de lejos
le ví encaminarse acá.
Es extranjero.

ESCENA II

Dichos y DUARTE

(Viene Duarte con un hato de ropa colgado de la punta de la espada que lleva al hombro).

DUARTE *(Con presura y viva inquietud)* Decidme
pescadores, por piedad
ese buen Padre Francisco
¿está aún aquí? ¿partió ya?
PESCADOR 1.º No le hemos visto. Nosotros
hoy nos damos a la mar.
Pero. Allá *(hacia la derecha)* vie-
[nen mis hijos
ellos tal vez lo sabrán.
PESCADOR 2.º *(Hace bocina con las manos)* ¡Li! ¡Kao-
[Tsen! venid pronto.
(A Duarte) Vuelven ahora de allá.
DUARTE *(Deja en el suelo el hato).* ¡Aún pienso
[que antes de verle
mi corazón va a estallar!
Ya es hora, Señor, que premies
tan sublime lealtad.
Anoche, cuando mi nave
la barría fiero el mar
todos estaban temblando,
el primero el capitán.
Yo iba sereno. Sabía
que el Santo aguardaba acá
las nuevas que yo le traigo.
Sí..., pasó la tempestad

pasó el poder de don Alvaro,
Pereira viene detrás *(Se oye la al-*
[gazara de los niños que vienen)
tampoco contra su nave
podrá nada el huracán.

ESCENA III

Dichos, y los niños LI, VEN-TI, KAO-TSEN y YAO-VANG

PESCAD. 1.º Ya llegan *(entran los niños)* qué, ¿vis-
[teis al Padre Francisco?
VEN-TI *(Malhumorado)*. Antonio no quiso de-
[jarnos entrar.
YAO-VANG ¡Estaba más fiero y ansioso!...
KAO-TSEN Nos dijo que el padre
YAO-VANG
KAO-TSEN } no puede embar-
[car.
PESCAD. 1.º Pues al mar al punto. Ya más no espe-
[ramos.
Ya el sol en la arena medio día marca.
PESCAD. 2.º Ya está todo listo, las velas, los re-
[mos. *(Salen los dos)*
PESCAD. 1.º *(Desde fuera)*. Hijos, sin tardanza, ba-
[jad a la barca.

ESCENA IV

Dichos menos los dos pescadores

DUARTE *(Meditando)*. Que el padre no puede
[salir de este yermo...
que Antonio está arisco... ¿pasará algo
[grave?
VEN-TI ¿No sabe?
YAO-VANG ¿No sabe?
LÍ ¿No sabe que el P. Francisco está en-
[fermo?
DUARTE ¿Enfermo? ¿qué tiene? ¡decid, pronto,
[cielos!,
decid ¿dónde vive?, llevadme hasta él.
¡Cuando le traía tan dulces consuelos!

¡Señor, no permitas se vuelvan en hiel!
(Todos quieren acompañarle pero se detienen porque le ven venir con Antonio. Con asombro y alegría).

LÍ ¡Mirad!
KAO-TSEN ¡Allí viene!
YAO-VANG ¡Pero si es aquél!
DUARTE ¡Sí!, ¡es él! ¡No está enfermo! ¡Mil gra-
[cias, Dios mío!
(Grita y sale corriendo). ¡Mi P. Fran-
[cisco! ¡¡Benditos mis ojos!!
LÍ Mirad cómo corre!
VEN-TI Vaya garbo y brío.
KAO-TSEN Ya llega... le abraza... Se ha puesto de
[de hinojos.

ESCENA V

Dichos, menos DUARTE

YAO-VANG *(Se vuelve triste para la escena).*
Yo tengo una pena
VEN-TI Pues más tengo yo.
LÍ ¿Porqué? ¿porque el Padre no puede
[embarcar?
¿No ves que ya viene camino del mar?
YAO-VANG *(Triste).* El Padre no embarca.
LÍ ¿Que no
[embarcará?
YAO-VANG No.
LÍ Si ya no está malo... ¿ves qué buen
[color?
Ves cómo se mueve?
YAO-VANG Mira con qué pena,
mira cómo se hunde sin fuerza en la
[arena...
¿Queréis que recemos por él al Señor?
TODOS ¡Sí, sí! ¿Qué rezamos?
KAO-TSEN Aquí, tras la roca.
VEN-TI Lo que le aprendimos los últimos días:
Un Ave María.
YAO-VANG Tres Ave Marías.
¿Quién comienza?

í Todos; a todos nos toca. *(Se arrodillan [todos).*

AO-VANG A la Virgen Santa, Madre del Señor

í *(Corrige)* del niño Jesús que nació en [Belén,

AO-VANG para que el buen Padre no tenga dolor

AO-TSEN y para que el Padre se embarque tam- [bién. *Se oye ruido de voces).*

AO-VANG *(Se enfada).* ¿A que no empezamos? *(A [Kao-Tsen).* Ya vienen ¿no ves? *(Alzándose).* No importa que vengan, [rezamos después. *(Asoma el grupo que viene antes de que todos los niños se hayan alzado. Los que están aún de rodillas se avergüenzan).*

ESCENA VI

Dichos, el P. FRANCISCO, DUARTE y ANTONIO

(Viene el P. Francisco amparado en los brazos de Antonio)uarte. Lleva el paso lento y muy vacilante. Lleva al cue- el bendito Santo Cristo que ha corrido con él tantas fati- s. Lleva el rostro encendido, más que por la calentura del ɛrpo, por la fiebre sobrenatural. Y la boca anhelante, los ɔs transfigurados serán de bienaventurado que adivina su ·a postrera.

FRANCIS. *(Con ternura muy grande).* ¿Qué ha- [cíais ocultos en este recodo?
Para quién rezábais a Santa María
¿rezar Padre? dinos—¿quién te lo de- [cía?

FRANCIS. un buen pajarito—que me cuenta todo.
¡Ingratos, tres días—sin venir a verme!

O-VANG Padre, los tres días—todos hemos ido.

O-TSEN Pero Antonio siempre—nos decía: [«Duerme,
que no se despierte,—idos, no hagáis [ruido».

FRANCIS. ¿Es verdad Antonio?

TONIO Padre, no te ofendas
mas con tanta fiebre...

FRANCIS. Ahora ya estoy sano.

LÍ — *(Vivo).* ¡Ahí están las barcas!

P. FRANCIS. — *(A Antonio).* A ver si [te enmiendas.
(A Lí) ¿Dónde están?

LÍ — En ese bajío cercano.

P. FRANCIS. — *(Muy triste).* ¡Pobrecitos míos!—me da [frío y miedo
ver que para siempre—os vais todos [hoy.
¡No puedo... no puedo!
Antonio, Duarte, también yo me voy.

YAO-VANG — ¿Vienes, Padre?

VEN-TI — Vamos, vamos que ya [es hora.

KAO-TSEN — Verás qué bien cruzan los aires del [mar.

ANTONIO — *(Enfadado).* Ea los rapaces, idos sin [demora
que el P. Francisco no puede embarcar.

LÍ — Sí puede.

KAO-TSEN — Sí viene, ¿verdad Padre?

P. FRANCIS. — *(Triste y vacilante).* Es [cierto.
No puedo... Id vosotros. ¡Adiós hijos [míos!

DUARTE — *(A los niños).* Luego iremos todos

P. FRANCIS. — No [tengo ya bríos.
Dios quiere que acabe en este desierto.

YAO-VANG — Padre, no nos digas, que es eso muy [triste.

P. FRANCIS. — No temáis, en cambio irá otro mejor.

TODOS — ¡No! ¡No!

VEN-TI — Ven tú solo.

LÍ — Tú nos prometiste.

P. FRANCIS. — ¡Ay! Yo no era digno de tan gran [favor.
Antes de que os pierda—con tan cruel [partida,
mis hijos del alma—pedid desde aquí
a ese Dios tan bueno,—ya que no la [vida
pedid que en la muerte — se apiade [de mí.

VEN-TI Ahora mismo, y antes—de irnos de tu [lado.

(Se arrodillan todos y el Padre se sienta en un saliente de la roca. Duarte y Antonio quedan más próximos al proscenio, de modo que puedan sostener diálogo. A este fin los niños rezarán en voz baja, pero de modo que de cuando en cuando se les entienda alguna cláusula del Ave María. El P. Francisco atiende el rezo.

ANTONIO Esta despedida—le acrecienta el mal.

DUARTE Es fiebre que pasa.—No hayas más [cuidado.

ANTONIO Duarte, no sueñes,—es fiebre mortal.

(Acabaron los niños y se alzan y el Padre les alarga temblón el crucifijo).

P. FRANCIS. Y ahora por recuerdo,—besad en la [llaga
de este Amor divino—que yo os en- [señé.
¿Seréis siempre buenos?

TODOS ¡Sí, Padre!

P. FRANCIS. Él haga
que nunca... que nunca—faltéis en su fe.
¡Adiós, hijos míos!, la barca os espera.

(Los niños se retiran muy lentos y volviendo a cada paso sus cabezas).

VEN-TI Pero ven tú pronto.

YAO-VANG No nos dejarás.

TODOS ¡Adiós! *(Desaparecen).*

P. FRANCIS. ¿Yo dejaros? ¡Si mi alma entera,
pedazos del alma, se me va detrás!
(Con una infinita amargura). ¡Cuando [ya entre mis manos los tenía!...

(Duarte y Antonio se colocan a sus lados).

DUARTE Otra vez los tendrás. Esta agonía
no es más que el peso que tu vida [siente
del largo padecer. Ahora en descanso,
lejos toda codicia y toda gente
pondremos en tus luchas un remanso.

P. FRANCIS. Es ya tarde, Duarte. Vano intento.

DUARTE Tú a morirte y Antonio y yo a curarte
¿de quién piensas será la mejor parte?
Varás qué pronto, cuando popa al
[viento
doble Pereira con su nave alzada
esa punta vecina
podrás seguir triunfante tu jornada
camino de la China.

P. FRANCIS. ¡¡Pereira!! No acrecientes mi dolor
¡por Dios, Duarte! en este amargo paso.

DUARTE Padre, digo verdad, en tiempo escaso
todo en Malaca se trocó en mejor.
Desde que a Ataide hirió vuestra cen-
[sura
con asco y con horror le huyó la gente,
hubo rapaz que le escupió en la frente,
el Virrey le arrancó la investidura;
hizo que él mismo abriérale a D. Diego
el calabozo en que lloró sus penas
vuestro amigo leal. Y airado luego
hundióle a él cargado de cadenas.
Y aún hubo más: Recuperó el navío
Pereira, y antes de emprender su viaje
quiso el Virrey ratificar su envío
y hacer a su embajada un homenaje:
de la hacienda de Ataide confiscada
que sólo en perlas es caudal tesoro,
lo mejor de sus perlas y de su oro
lo dió a D. Diego para la embajada
y este es, Padre, el instante
en que de tanta insidia triunfador,
viene a buscaros, islas adelante
Diego Pereira vuestro embajador.

P. FRANCIS. *(Con pasmo)*. ¿Dices verdad, Duarte?

DUARTE Sí, lo juro
por ese Cristo en cuyo juicio espero.

P. FRANCIS. ¿Es posible, Dios mío?.... ¿Y yo me
[muero?...

DUARTE ¡Oh! no, no os moriréis, yo os lo ase-
[guro.

P. FRANCIS. *(Se reanima)*. Venid conmigo hasta la
[punta aquella,
tal vez de allí se pueda atalayar,

yo le alzaré esta Cruz como una es-
[trella
para que vuele raudo por el mar. *(Se queda erguido unos instantes y con los ojos hundidos en el confín lejano de las aguas).*
(Con súbita alegría). ¡Ah! ¿veis allá un
[navío? ¡Es él sin duda!

ANTONIO No; es que se va esa gente pescadora.

P. FRANCIS. ¡No! ¡no! que vuelvan, que con esta
[ayuda
todos podremos embarcar ahora.
Que vuelvan, Diego llegará en seguida.
Vamos, llamemos desde allí los tres.
(Señalando a izquierda. Quiere arrancar pero le faltan todas las fuerzas).
¡Ay!, no quieren seguirme ya los pies...
es inútil; también se va mi vida... *(Apoyado con desfallecimiento en brazos de Antonio y Duarte, contempla cómo se alejan las barcas).*
otra... y otra... Mirad, todas se van.
(Saca un pañizuelo del pecho y comienza a agitarlo en alto).
¡Adiós, hijos de Cristo¡ ¡Adiós queri-
[dos!...
¡Adiós mis sueños, mis amores idos!...
(Se inclina con fatiga y desolación).
Cuando ellos vuelvan ya no me halla-
[rán.
(Al Crucifijo). Yo ansiaba aún por Tí
[nuevas peleas,
no quería descanso sino amor,
mas pues no quieres Tú, bendito seas,
soy tu siervo Señor. *(Aún alza con desfallecimiento una vez más el pañizuelo blanco).*
¡¡Adiós!! *(La fatiga le rinde y cae sin poder decir más. Queda tendido en la arena con el busto inclinado en la roca. Antonio y Duarte se arrodillarán).*

ANTONIO Volvamos, Padre, a la cabaña.

P. FRANCIS. Hijos... dejadme que me muera así.

DUARTE Esta intemperie de la mar te daña.

P. FRANCIS. ¿Y qué, si aún puedo verles desde [aquí?... *(Pausa).* *(Con voz apagada).* Ya no diviso el [mar... No veo nada... ¡Duarte!... ¡Antonio! *(Palpa en el aire con afán).*

ANTONIO *(Con anhelo angustioso)* ¿Qué? ¡Padre, [oye! ¡mira!
¡Ay! Se apaga esta luz santificada
¡Padre! ¡¡Padre Francisco!!

DUARTE Aún respira.

ANTONIO *(Alza las manos al cielo con verdadero frenesí).* ¡Toma esta vida, Señor!
¡Haz que se cambie la suerte;
que venga por mí la muerte
con tal que aliente su amor!

DUARTE ¡Oh! si mi vida valiera...!

ANTONIO *(Vuelve a inclinarse, palpando con ansia el pecho del Padre Francisco).* ¡Aún vive!

DUARTE *(Igual que Antonio).* ¡Aún!

P. FRANCIS. *(Desembarazándose con súbita bravura de la ropilla que por abrigarle Duarte habrá colocado encima de él).* ¡Aparta! ¡fuera! *(Se incorpora y queda como recostado en la roca medio de pie y en ademán sublíme. Todo su rostro se reanima con un fulgor misterioso y lanza de su pecho estas últimas palabras que serán canto, que serán llama).*
¡Aún te veo tierra—esperanza mía...!
¡Allí mi esperanza, —aquí mi agonía!
Y en medio... la lengua — bravía del [mar...
Y en medio la muerte — que viene a [llamar.
(Sus manos crispadas y todo su gesto tendrán la viveza trágica de los agonizantes). ¡Mis hijos del alma! — a todos [os veo...
¡Ay! mi voz no alcanza — cuanto mi [deseo...
Me muero... las olas—que vienen y van
las olas os cuenten — mi postrer afán,

* (1) y os digan que en este — desierto sal-
[vaje
* pensando en vosotros — consumiré mi
[viaje.
(Lleva con arrebato las manos al pecho)
Ellas encendidas — en este calor.
Sabrán repetiros que muero de amor...
No lloréis mis hijos porque yo no vaya.
Seguid esperando en la misma playa.
(Levanta el Crucifijo).
* Este gran tesoro aquí en el desierto
* será custodiado por mi cuerpo muerto...
(2) Vendrán otras aves detrás de mis
[huellas
que ellas lo recojan pedídselo a ellas.
(Enderezándose anhelante las manos hincadas en la arena con muy grande y súbita energía).
¿No veis? ¡hélos! ya vienen. ¡Qué mag-
nífico vuelo!
Oscurecen las lumbres de la tierra y
[del cielo...
¡Castillo de mi raza!..... ¡Castillo de
[Xavier!.....
Salen de tí a bandadas... ¡Señor! *(Con*
[*ansia*). Déjame ver
* (3) los hijos que Navarra la santa tierra mía
* como postrer recuerdo me manda en
[mi agonía...
¿Cuántos venís? diez... ciento... Señor
[*(angustioso)* espera... espera...

---

(1) Los versos marcados con asteriscos * pueden suprimirse en la representación.

(2) Si se suprimen los dos versos anteriores, en vez del verso:

«Que ellas lo recojan, pedídselo a ellas»
Se dirá:
Son hermanas mías, volveos a ellas.

(3) Estos versos se dirán solamente cuando las circunstancias de lugar indiquen que pueden coadyuvar al mayor éxito.

déjame que los cuente antes de que me
[muera...
deja que ellos al menos, lleven mi sue-
[ño allí.
Y que en esa montaña que ha de ente-
[rrarme a mí
hasta que todo el mundo arda en mi de-
[rredor
lance llamas y llamas este Volcán de
[amor. *(Dobla la cabeza* y *muere).*

TELÓN



4.ª Sección.—HÉROES DEL APOSTOLADO CATÓLICO

«SAN FRANCISCO XAVIER»

Esbozos de su vida por el **P. Schurhammer, S. I.,** (del Alemán) traducción de «El Siglo de las Misiones».

Precio de la traducción española, 2 pesetas

Preciosas policromías de San Francisco Xavier para Recuerdo del Centenario.

1.—Saxoferrato. «San Francisco Xavier».

Tamaño 34 x 24 cm.	Un ejemplar,	0'30	ptas.
	25 »	6'00	»
	50 »	10'00	»
	100 »	18'00	»

Tamaño 12 x 6 cm. 2'50 ptas. el ciento y 20 el millar.
Al dorso van los datos biográficos del Santo.

2.—Feuerstein. «San Francisco Xavier bautizando en la India».

Tamaño 29 x 21 cm.	Un ejemplar,	0'50	ptas.
	25 »	10'00	»
	50 »	18'00	»
	100 »	30'00	»

Los pedidos a la Redacción de

«El Siglo de las Misiones»

Apartado 7.—BURGOS

o al Sr. Administrador de

«El Mensajero del Corazón de Jesús»

Apartado 73.—BILBAO

Imp. R. Aldecoa.—Burgos


AD